

PUNTO

ROJO

El asesino de las doce en punto

Silver Kane



Stirling fue un gran policía, pero acabará sus días en un psiquiátrico. Vivió demasiado de cerca los bajos fondos. Y es ahora, entre paredes acolchadas, cuando le asaltan sueños extraños, cuando escucha esa voz de mujer que le llama desde Nueva Orleans...



Silver Kane

El asesino de las doce en punto

Bolsilibros - Punto rojo - 531

ePub r1.0

Titivillus 29-12-2017

Silver Kane, 1971

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



1

Anoche soñé que entraba en el reino de los muertos.

Siempre había creído que el mundo de los muertos sería algo siniestro, aterrador, lleno de tinieblas. Siempre había creído que oiría gritos ululantes en la noche. Que me contemplarían facciones macabras desde la oscuridad. Que manos descarnadas se tenderían hacia mí, surgiendo de jirones de niebla.

Y no obstante nada más normal, nada más rutinario que aquel mundo de los muertos. Yo sabía que me encontraba en él, pero sin embargo aún no me había apartado de mi mundo habitual de todos los días. El mundo de los muertos empezaba en una gasolinera. Un hombre gordo, simpático, que mascaba chicle y tenía una revista infantil en el bolsillo, se estaba acercando a mí. Miró la marca de mi coche y me sonrió.

—¿Es un modelo exclusivo?

Yo le dije que no, que no era un modelo exclusivo, pero que se trataba de un tipo de coche que aún no se había puesto a la venta. A mí me habían dado uno de los prototipos para rodarlo y hacer observaciones, antes de empezar la producción en cadena. El hombre gordo tocó el capó, contempló admirativamente las líneas elegantes del bólido y me dijo que esperara un momento porque tenía que atender a otro cliente antes que a mí.

Contemplé la gasolinera.

Era un edificio antiguo, al cual estaban pintando en aquel momento para remozarlo un poco. Una de las paredes anunciaba una nueva variedad de los neumáticos Firestone. Todo aquello tenía un aspecto casi sórdido y aburrido. Las luces amarillas y las de las máquinas surtidores apenas disipaban las tinieblas.

No sabía qué era lo que me hacía pensar que yo estaba en el mundo de los muertos. Pero estaba en él. Yo lo sabía. Puse un cigarrillo en mis labios y miré al cliente al cual tenía que servir el

hombre gordo, antes que a mí.

Entonces sentí un pinchazo en el corazón. Entonces me di cuenta de que todos mis pensamientos se confirmaban.

El coche al cual estaban surtiendo de gasolina era un furgón funerario. Había un ataúd en él. Sobre el ataúd descansaban unos cuantos ramos de tristes flores blancas y rojas.

El hombre gordo vino, al fin. No parecía de ningún modo uno de esos seres que flotan en el mundo de los muertos. Los colores de la revista infantil que sobresalía de uno de sus bolsillos eran alegres y chillones. Por unos momentos se disiparon mis aprensiones y hasta sonreí.

—Póngame sólo dos galones —dije—. No voy lejos.

—¿Gasta mucho este modelo?

—Lo estoy probando. Aún no lo sé.

Me sirvió los dos galones, pagué y me fui. Por el retrovisor vi la furgoneta fúnebre que estaba haciendo maniobra para marchar en otra dirección. Era mucho más pesada que mi bólido de nueva factura, y además la conducían con precaución. Por eso estaba yo ya lejos cuando la fúnebre furgoneta salió de la zona de aparcamiento.

Las sombras estaban cayendo sobre la carretera. Una carretera estrecha, larga e interminable, como deben ser los caminos del reino de los muertos. Pero mis aprensiones se iban disipando. No sabía por qué había llegado a pensar aquello.

¿El mundo de los muertos? ¿Cómo podía pensar eso al volante de un bólido que llamaba la atención de todos los que lo miraban? ¿Por qué pensaba todo aquello mientras veía el cuentamillas aumentar, aumentar su recorrido hasta una velocidad suicida y el camino desaparecía materialmente bajo mis ojos?

El coche respondía muy bien. Era estupendo en las curvas.

Pensé decir a los constructores que el modelo era un éxito. Lo único que no me gustaba era la suspensión, algo dura. Antes de poner el coche en cadena tendrían quizá que pensar en eso.

Por fin, a la salida de una curva, vi la casa. Era antigua, de grandes columnas muy altas. Una auténtica casa señorial del sur. Tenía un gran jardín delante, un jardín verde, maravilloso, profundo. La pequeña población situada tras la casa se encontraba a una milla. De sus tejados sobresalía la torre de un templo.

¿Por qué se disipó en unos segundos mi optimismo? ¿Por qué volví a pensar otra vez en el mundo de los muertos?

Me detuve ante la casa. No sabía qué extraña fuerza me había llevado hasta allí. Nunca había visto aquel edificio.

Y sin embargo, estaba detenida ante las columnas, mirándolo todo con insólita atención. Veía las nubes flotar sobre el tejado: unas nubes rojas, extrañas, espectrales. Unas nubes que sí que eran del reino de los muertos. Y entonces oí aquellas campanadas por primera vez.

Lentas, graves, solemnes...

Unas campanadas que llegaban de más allá de las sombras, de más allá del tiempo.

Las conté una a una mientras sentía, con cada campanada, un pinchazo en el fondo del cerebro.

Fueron siete.

Las siete de la tarde ante aquella casa que no había visto nunca, ante aquella casa que era como el centro del mundo de los muertos.

Y entonces comprendí por qué estaba allí.

Por qué razón una fuerza lejana, profunda, me había guiado hasta aquel paraje.

Un criado se había acercado y me abrió la portezuela del coche.

—Bienvenida, señorita Nancy —me dijo—. Bienvenida a su casa.

Me levanté pesadamente, sintiendo una especie de vértigo. Fui hasta la ventana y tuve que apoyar la cabeza en el cristal. La cabeza me daba vueltas.

El pijama blanco que me habían dado tres noches antes, al ingresar allí, estaba pegado a mi cuerpo. Me di cuenta de que sudaba. Sudaba incomprensiblemente cuando los cristales, en su parte exterior, estaban cubiertos de escarcha. Hacía un frío de mil demonios. ¡Y yo como si acabaran de sacarme de un baño turco!

La puerta de la habitación se abrió.

Quizá yo había hecho ruido sin darme cuenta.

El caso era que el doctor Stanton, el médico de guardia, estaba allí. Sus ojos grandes, vacíos, me miraban como los de un pez en el fondo de una pecera. En sus labios delgados había, como de costumbre, una sonrisa desdeñosa.

—¿Qué le pasa, Stirling? —me preguntó—. Ha tumbado usted una silla al levantarse. ¿No se ha dado cuenta? ¿Y por qué se

levanta con este frío? ¡Por todos los apóstoles de la medicina! ¿Qué le pasa? ¡Está empapado en sudor!

Yo me mantuve quieto junto a la ventana.

No me gustaba el doctor Stanton. No me gustaba ni pizca, y él lo sabía. Por eso permanecí junto a la ventana, sabiendo que eso era lo que más le irritaba. Yo podía saltar en cualquier momento, tratando de huir, y eso hubiera significado para Stanton un expediente disciplinario.

—Apártese de ahí, Stirling —me dijo—. Maldita sea, apártese de ahí.

Yo sonreí.

Estaba terriblemente desmoralizado. Me envolvía una especie de atmósfera irreal. Y quizá por eso, para asirme a las cosas concretas de este mundo, me puse a insultar al médico. Me acordé de su papá, de su mamá y de su tía. Me acordé también de una prima segunda que había tenido en Dallas y por cuyos brazos había pasado casi toda la guarnición de Fort Worth. En fin, le dije tres o cuatro cosas que no le gustaron ni pizca.

Pero Stanton seguía mirándome como desde el fondo de una pecera. Los insultos no le afectaron. Por el contrario, me hizo un gesto casi cordial y me dijo:

—Vamos, vamos, cálmese. Usted quizá necesite tomar un trago. ¿No le apetecería?

Cometí el error de creerle. Le dije que sí. La verdad era que un trago hubiese significado mi salvación en aquellos momentos, porque a pesar del sudor que me bañaba, sentía el frío hasta el fondo de los huesos.

—Venga —me dijo, señalando la puerta.

Fui hacia allí. Pero Stanton, a medio camino, extendió la pierna y me hizo una zancadilla que no la hubiera envidiado un defensa central. No supe preverla y me estrellé de narices contra la pared. Una parte del radiador de la calefacción pareció quedar empotrada en mi mejilla.

Stanton había lanzado un grito, y en aquel momento entró un ayudante. Entre los dos me sujetaron los brazos a la espalda y me los retorcieron con toda la mala baba de que fueron capaces. No me sirvió de nada acordarme otra vez de sus respetables familias, porque en seguida sentí entre mis omóplatos el pinchazo de la

inyección. Inmediatamente dejé de luchar. Sabía que era inútil.

Dentro de unos momentos la debilidad me invadiría y entonces tendrían una excusa para golpearme si yo seguía luchando. De manera que levanté bandera blanca. Dije que lo de la mamá de Stanton eran rumores sin fundamento y, cuando me soltaron, fui hacia la cama. Me tendí en ella sintiendo que las fuerzas me fallaban cada vez más.

Stanton me miraba como un perro al que han puesto un bozal cuando ya se estaba afilando los dientes.

Sabía que, estando yo así quieto, no podía hacerme nada más. Los reglamentos le impedían atizarme, que era lo que le hubiera gustado hacer.

—Está usted jugando con fuego, Stirling —masculló—. Sabe perfectamente que puedo enviarle a la sala de casos graves, donde hay rejas en las ventanas. Y de allí a la sección de irrecuperables sólo faltan unos cuantos pasos. De modo que piénselo.

Yo sabía que dentro de unos minutos iba a desvanecerme. Por eso susurre:

—Perdóneme, no sé qué me ha pasado.

—Algo le ha ocurrido últimamente a Stirling —musitó el ayudante que había entrado para ponerme la inyección—. Siempre ha sido un tipo raro, pero yo diría que esta noche le pasa algo especial. ¿Qué hay de nuevo, Stirling? ¿No quiere contarlo?

Yo le dije la verdad:

—He oído hablar a una persona que acababa de entrar en el reino de los muertos.

Ya saben ustedes lo que pasa: la verdad es aquello que la gente nunca cree.

Los dos tipos se pusieron a graznar como buitres. Y luego a reír como hienas.

Lo estaban pasando en grande, sin quitarme el ojo de encima mientras esperaban a que yo me durmiese. Susurré:

—Les digo la verdad. He oído la voz de esa persona aquí, dentro de la habitación.

Stanton hizo un gesto de desprecio.

—Solo le faltaba tener alucinaciones, muchacho. Es una especie de última fase que no me gusta ni pizca, ¿sabe? Porque eso es una alucinación como una catedral. Aquí no ha entrado nadie. Yo estaba

en la puerta.

—Le juro que no miento, Stanton. Lo he oído perfectamente. Era una voz de mujer. El tipo repitió el gesto de desprecio y se acercó al lavabo. Llenó un vaso de agua y me lo tendió.

—Beba un poco. Después de la inyección tendrá seca la boca. Por cierto, este grifo ya va muy mal. ¿Cuándo le ponen el lavabo nuevo?

—Ustedes sabrán —dije sin ningún interés—, pero en todo caso ya lo están instalando.

Señalé el nuevo lavabo que iban a colocar un poco más allá del viejo y cuya instalación estaba a medio hacer aún. Y entonces empecé a notar que la cabeza me daba vueltas.

La inyección producía su efecto.

A partir de ese momento estaría durmiendo casi veinticuatro horas seguidas, teniendo en cuenta mi estado de debilidad.

Y de pronto sentí miedo.

Un miedo atroz, inconfesable, a quedarme a solas con la muerte. Porque yo sabía que la voz se repetiría. Yo sabía que aquella voz de ultratumba llegaría a mis oídos otra vez.

—Por favor, Stanton —dije—. Es la primera vez que le suplico, la primera vez que le pido algo. Pero sé que esta habitación está maldita. Ayúdeme. Sáqueme de aquí y méteme en cualquier otro sitio. El edificio es enormemente grande.

—Hum... Sí que se ha vuelto manso, Stirling. Hasta suplica y todo.

—Le ruego que..., que no me deje aquí. Nunca más le pediré un favor. Haga lo que quiera conmigo, pero no me deje aquí.

Yo estaba hablando con toda sinceridad, y eso se notaba en mi voz. Yo estaba suplicando con toda mi alma, cosa que no había hecho nunca. Yo tenía miedo, cosa que no me había ocurrido jamás.

Stanton notó que había en mí algo distinto.

Y hasta un pedazo de palo como él sintió un poco de interés, aunque eso no significaba de ningún modo que estuviera dispuesto a ayudarme.

—Los reglamentos prohíben trasladar a los enfermos sin permiso del jefe de sección —murmuró—. Mañana hablaré con él, y en todo caso ya veremos...

—Mañana —susurré, sintiendo que perdía el mundo de vista—,

será demasiado tarde.

—¿Por qué?

—Porque..., porque la muerte volverá... Porque... oiré hablar a..., a... la muer... te... Mis ojos se nublaron. Mis manos arañaron el cobertor desesperadamente.

Eso fue lo último que hice.

Y las últimas palabras que escuché fueron lejanas, susurrantes, como si llegaran del otro mundo:

—Son alucinaciones. Nadie ha podido estar hablando aquí. A menos que el espíritu de una persona ya muerta se haya colado por la ventana...

2

El hombre que me había recibido me ayudó a sacar el equipaje del coche. Él también me preguntó si era un modelo exclusivo, y yo le contesté lo de siempre: que la casa constructora me lo había dejado probar y hacer observaciones antes de ponerlo definitivamente en cadena. Después de eso me quedé quieta, con los pies hundidos en la hierba del prado y mirando fijamente la casa.

La casa me obsesionaba.

Era como esas viejas y señoriales estampas del sur. Solo faltaban unos cuantos negros y unos cuantos elegantes militares con sus uniformes sudistas. Era un edificio de otro tiempo que ya no volvería. Quizá por eso era tan hermoso, porque había muerto con su época. Tenía esa belleza serena y a la vez horrible de las cosas que ya no volverán a ser.

Me sentía fascinada.

Y me parecía increíble que yo pudiera estar allí, mirando aquella casa que al fin y al cabo era mía.

El hombre volvió.

—¿Tiene más equipaje, señorita Nancy?

—No, nada más.

—Permita que me presente. Yo soy Talbot, el mayordomo. En la casa hay tres sirvientes fijos y dos eventuales, todos los cuales le serán presentados mañana si usted lo cree oportuno. Mientras tanto, cualquier cosa que necesite me la pide, por favor, a mí. Pero..., ¿pero qué le pasa?

El hombre estaba extrañado.

Tenía que estarlo por fuerza.

Yo no había puesto ni por un momento los ojos en él. Miraba fascinada la casa. Supongo que mis ojos estaban muy abiertos y habían adquirido un color casi transparente. El caso fue que Talbot se asustó.

—¿Necesita algo, señorita Nancy?

—Nada, gracias.

Fue a alejarse.

Y yo, de pronto, barboté:

—Ah, sí, una cosa.

—¿Qué?

—He oído siete campanadas. ¿De dónde vienen?

—De la iglesia que hay en la población. ¿No se ha fijado usted en una torre?

—Sí, desde luego. Y me ha llamado la atención porque es muy hermosa.

—No solo eso. Se dice que tiene las campanas de mejor sonido de todo el país. La emisora de radio local siempre da las horas en conexión con esa torre.

—Gracias por su explicación —dije—. En efecto, el sonido era perfecto.

Y volví a quedar abstraída en la contemplación de la casa, aquella pieza esencial del reino de los muertos en el que yo acababa de poner los pies. Cada vez me sentía más segura, más convencida de haber penetrado en un reino de ultratumba.

Sin embargo, todo continuaba siendo tan normal como en la gasolinera de las luces amarillas. Un par de criados se movían silenciosamente en el porche. Cuando atravesé el vestíbulo y me metí por un pasillo de servicio, noté un apetitoso olor a asado.

¿El reino de los muertos?

El único muerto allí, en todo caso, era el apetitoso pato ala naranja que estaban preparando. Cómo, por lo visto, esperaban mi llegada, lo habían dispuesto todo para recibirme bien. Cuando volví a pasar por el vestíbulo, de paso otra vez hacia la planta noble del edificio, vi los cuadros de mis antepasados que cubrían las paredes. Dos de ellos, al plenos, llevaban uniformes de altos oficiales del ejército del sur. Había unas cuantas damas otoñales con ramos de flores en el regazo, como estuvo de moda en las colecciones de pintura del pasado siglo. Y vi también unos cuantos lienzos del Picasso de la primera época que encajaban a la perfección en todo aquel ambiente. Pensé de nuevo que yo era realmente tonta, al haber llegado a creer que estaba en el reino de los muertos.

Me instalaron en la mejor habitación de la casa, cuyas ventanas

daban al amplio jardín posterior. Allí no faltaba nada, ni siquiera un romántico lago con cisnes flotando en él. Yo, acostumbrada a mi modesto piso de Manhattan, nunca había vivido en un sitio tan maravilloso. El pensamiento de que todo aquello era mío, me llenaba a veces de incredulidad.

En el tocador había una fotografía enmarcada de tía Agatha.

Ella sí que pertenecía al reino de los muertos.

Tía Agatha, con la que no había tenido más que lejanos contactos durante mi infancia, me había dejado todo aquello al morir, seis meses antes. Ahora, al ir centrándome en la realidad, yo recordé bien los detalles. Claro que no todo era para mí, pues éramos cinco sobrinos. Pero los demás tenían una parte mucho menos importante.

Me cambié de ropas y bajé a cenar. Ya no me acordaba para nada de mis pensamientos anteriores: de que yo acababa de penetrar en el reino de los muertos. En todo caso, si el reino de los muertos era esto, valía la pena visitarlo de vez en cuando. Vajilla de plata, copas de cristal de Bohemia, legítimo champaña francés... Talbot no había escatimado nada para causarme buen efecto. Y he de reconocer que el pato a la naranja estaba delicioso. Resultaba tan excelente como el famoso *canard au sang* que probé cierta vez en un restaurante de París, cuando me invitaron los jefes de la empresa. Creo que hasta comí demasiado, porque cuando me levanté de la mesa estaba un poco mareada.

—Y ahora descanse —me recomendó Talbot—. Ha hecho un largo viaje y estará fatigada. Mañana se lo enseñaré todo.

Me encerré en mi habitación y traté de dormir, pero demasiado sabía que eso iba a ser imposible. Desde el momento en que vi la luz de la luna penetrando a raudales por las ventanas, me di cuenta de que mis aprensiones eran ciertas: acababa de entrar en el reino de los muertos. No bastaba el que yo sintiera en mi cuerpo el alegre calorcillo del champaña francés. También sentía en el fondo de las venas el frío de la muerte. Y, en especial, cuando vi que los rayos de la luna daban de lleno sobre el retrato de tía Agatha.

Me sentí tan turbada que lo volví del revés.

Entonces me puse a oír la radio, pensando que eso me distraería. El equipo instalado en el dormitorio era de alta fidelidad y daba la sensación de que una tenía la orquesta al lado mismo de la cama.

Dejé sintonizada la emisora local porque transmitían un magnífico concierto de Vivaldi. Luego me senté en una de las butacas y cerré los ojos.

No supe cuánto tiempo estuve así.

Pero la verdad era que temblaba de miedo.

Me resistía a meterme en la cama porque en la cama me hubiera sentido más indefensa. Así, vestida, sabía que podía saltar hacia cualquier sitio y repeler una agresión. Pero a cada minuto que pasaba me sentía más y más hundida en el reino de los muertos.

De pronto oí las doce campanadas.

Me levanté de un salto.

Parecían estar sonando dentro de la habitación.

Con los ojos desencajados, miré en torno mío. Las tinieblas, al recibir la luz de la luna, formaban una suave penumbra. Todo se había rodeado de sombras que parecían moverse. Y el sonido de cada campanada sonaba en mi cerebro como una amenaza o una maldición.

De pronto me di cuenta de la realidad.

Talbot me lo había dicho.

La emisora local daba las horas transmitiendo en directo los tañidos de aquella campana que sin duda funcionaba automáticamente, y que tenía —según el mayordomo— el sonido más puro de Norteamérica. Yo no podía dudarlo, porque realmente me había sobresaltado. Y además el equipo de alta fidelidad las transmitía tan nítidamente que era como si los tañidos sonaran dentro de mi propio cráneo.

Apagué la radio.

Estaba sobresaltada.

Todo aquello podía ser muy natural, pero a mí me había parecido algo así como una obra de brujería.

Poco a poco salí.

Toda la inmensa casa estaba en silencio.

Por las altas ventanas —porque los techos de aquellos inmensos salones del sur también eran altísimos— entraba a raudales la luz de la luna. Todo estaba alumbrado como si fuera de día, pero con una luz sobrenatural, una luz que parecía llegar desde más allá del mundo y desde más allá del tiempo. Mi miedo iba en aumento, tanto que sentí castañetear mis dientes. La sensación de que me

hallaba de verdad en el reino de los muertos se hacía más intensa, más angustiosa cada vez.

Vi aquella puertecilla a un lado del vestíbulo.

Pero no me atreví a entrar en ella.

La sensación de que por allí se iba directamente al infierno, me encogía el corazón.

Qué tontería, ¿verdad?

Pero no podía evitarlo. El miedo ya estaba penetrando en la masa de mi sangre y ya llegaba hasta mis huesos, haciendo que mis movimientos fueran más torpes cada vez.

Volví a mi dormitorio.

Y entonces lo revisé como si fuera un sitio del todo nuevo, como si yo no hubiera estado jamás allí. Abrí los armarios como si en cada uno de ellos hubiera de ocultarse algún esqueleto. Y de pronto mis ojos se desencajaron de horror.

Pero no, no era un esqueleto.

Simplemente se trataba de una puerta que estaba al fondo de la pared del armario. Una puerta secreta, para que nos entendamos todos, pero poco disimulada, de forma que no creo que engañase a nadie.

Me parece que sonreí.

La tía Agatha, o las antepasadas de tía Agatha, debían haber sido unas buenas piezas. Por medio de aquella puerta salían al encuentro de sus citas amorosas o recibían a sus amiguitos sin que se enterara nadie. ¡Menuda tierra la tierra caliente del sur! Yo había oído decir que todas las viejas casas señoriales tenían «pasillos del corazón» como aquellos, pero ahora la prueba estaba ante mis ojos. Mi miedo se disipó y se transformó en una sensación de curiosidad. Abrí la puerta y vi las escaleras que descendían hasta las profundidades de la casa.

Mejor que verlas, las adiviné.

Porque no había ninguna luz allí.

Pero mis manos palparon la pared y encontré el conmutador. Se hizo una luz amarillenta y pálida. Fue entonces cuando vi bien las escaleras, que descendían casi verticalmente, tan verticalmente que aquello daba horror. Claro que a un lado estaba la pared, y al otro una sólida barandilla con pasamanos de caoba. Descendí poco a poco mientras miraba las bombillas, y me di cuenta de que todo

aquello estaba bastante bien arreglado y hasta limpio. No tenía nada de misterioso. Daba la sensación de que era usado con frecuencia.

Me estremecí.

¡Y pensar que yo había tenido aquella puerta delante de mis narices, en el fondo del armario!

¡Y pensar que alguien podía haber llegado hasta mi dormitorio, desde las profundidades de la casa, sin que yo me diera cuenta!

No sé cuánto tiempo estuve descendiendo.

El corazón me hacía daño en el pecho.

Me golpeaba locamente.

Vi que al final de la escalera había dos puertas más. Una daba al jardín posterior y estaba solo entornada. Eso significaba que hasta mi habitación podía llegar... ¡cualquiera que estuviese en el jardín! La otra puerta no sabía yo adónde daba, hasta que la abriese. Hurgué en la cerradura y no pude abrir, lo cual excitó aún más mi curiosidad. Al fin hice toda clase de esfuerzos, hurgué con una horquilla y pude forzar la entrada.

La habitación estaba iluminada.

Era quizá la más antigua de la casa. Era grande, siniestra. Tenía fuertes arcadas de piedra.

No sé por qué me fijé en eso.

Aun ahora no lo comprendo.

O, mejor dicho, sí que lo comprendo.

Yo tenía miedo.

Un miedo invencible, espantoso, a conocer la verdad, a conocer lo que estaba... ¡Un poco más allá!

Y de pronto lo vi.

Mi cabeza había girado como un resorte.

Ya no podía aguantar más aquella tensión.

Fue entonces cuando me di realmente cuenta de que había supuesto desde el principio la verdad. De que estaba verdaderamente... ¡en el reino de los muertos!

Porque allí se encontraba el cadáver de tía Agatha.

Mirándome fijamente.

Y porque allí se encontraban los cadáveres de los hombres y mujeres que yo había visto en los cuadros del vestíbulo. ¡Todos allí, con sus uniformes, con sus sables! Con... ¡Con sus ramos de flores!

Y eso no era todo.

El universo de horror no acababa ahí.

Aún había más.

Mis ojos desencajados, mis ojos que ya eran incapaces de ver, los miraron uno por uno.

Los rostros de los muertos.

Muertos, con sus cuencas vacías, con sus alanos tendidas hacia mí, con sus huesos brillando en la penumbra...

Mis rodillas temblaron. Creo que lancé un grito.

Un grito de horror, un grito que atravesó las murallas de tinieblas que rodeaban la casa.

Y luego ya no sentí nada más. Sólo que todos aquellos muertos avanzaban hacia mí. Y que la habitación entera daba vueltas, vueltas, vueltas...

Vueltas... Vueltas... Vueltas...

También mi cerebro daba vueltas cuando la voz se disipó. También yo sentía la boca terriblemente seca y las rodillas me temblaban cuando alguien me gritó casi en la cara, mientras me zarandeaba:

—¡Eh, Stirling! ¿Cómo se encuentra? ¡Despierte, Stirling, despierte, maldita sea!

Abrí los ojos.

La penumbra me rodeaba.

Pero más allá de la penumbra vi la cara de Stanton con sus ojos de pez. Stanton me ofrecía un vaso de agua mineral, y eso fue lo que me obligó de pronto a despertarme. Tenía la boca tan seca que hubiese ido a pie hasta un oasis del Sahara con tal de saciar mi sed.

Después de beber, me sentí mejor. Vi que Stanton estaba con un ayudante, porque no se fiaba de mí. Por la ventana entraban de nuevo las sombras de la noche.

Stanton murmuró:

—Ha dormido casi veinticuatro horas. ¿Cómo se siente?

—Muy..., muy mal.

—Claro. Está más débil que un caballo muerto.

Y me señaló un carro mesita donde yo tenía preparada una razonable cena. Pero hice un gesto de impotencia, porque realmente ale sentía incapaz de tragar.

—Entonces —dijo Stanton—, tendré que clavarle un par de

inyecciones intravenosas. Su organismo necesita alimento.

—Haga lo que quiera.

Mientras me preparaba el brazo y me buscaba la vena, Stanton dijo con su acostumbrada risita malévola:

—Parece no haberse dado cuenta de la situación, Stirling. Usted es un sucio drogado. Le van a expulsar de la policía por eso. No es más que basura, basura hedionda de la que llena los barrios bajos de Nueva York. Yo creo que en su situación, debería colaborar un poco.

Yo dominé las ganas de escupir.

Stanton no sabía más que una cara de la verdad, pero la otra cara no podría saberla quizá nunca. Stanton no estaba enterado de que si empecé a drogarme, poniendo así en grave peligro mi salud y mi vida, fue obedeciendo las normas de la misión más difícil que mis jefes me habían encargado jamás. Tenía que convertirme en eso: en basura. Tenía que drogarme hasta las amígdalas para que los traficantes y los círculos cerrados del vicio me admitieran en su seno. Tenía que ser un caso perdido más, para poder descubrir las redes por las que circula toda esa mandanga que está ensuciando hasta la médula de los huesos de nuestro país. Tenía que ser un borracho de los que han absorbido porquería hasta por las orejas, y al mismo tiempo tener los ojos bien abiertos y la inteligencia bien lúcida. No era poco lo que habían pedido de mí.

Y encima con esta frasecita:

«Si las cosas salen mal, si un día te encuentran tirado en una calle, si un día te recogen y te llevan a un hospital hecho un higo, nosotros no sabremos oficialmente nada. Te pagaremos los gastos, eso sí, pero para salvar la cara iniciaremos un expediente de expulsión del que saldrás absuelto. Aunque en el fondo no te vaya a pasar nada, a los ojos de todo el mundo serás una filfa. Serás una piltrafa, un asco. Eso es lo que arriesgas, chico».

Y yo me había arriesgado.

Yo esperaba llegar muy arriba, ¿saben?

Aspiraba a ser el gran jefe de todos los policías bribones de la ciudad. El tío que les metiera broncas. El que limpiara las calles de tanta carroña como ahora hay suelta por ahí. El que cobrara un sueldo de chuparse los dedos. El que tuviera un par de secretarias guapas.

Aspiraba a ser el gran jefe Cara de Caballo ante cuyas plumas y cuya hacha de guerra temblaran todos los polizontes de la ciudad.

Pero ya ven.

No había llegado muy arriba, sino muy abajo.

Había llegado a esto.

A una clínica para drogados donde cuidaban de mí las manos amorosas de Stanton. Donde la enfermera más joven tenía dos siglos. Y donde aún sufría los horrores de la recuperación, después de mi etapa de «viajero», mientras la policía me tramitaba, con todo cariño, un expediente de expulsión, por muy falso que fuese.

Pero lo peor no era esto.

Lo peor era que yo tenía miedo de volverme loco.

—Stanton... —susurré.

—¿Qué?

—He oído otra vez aquella voz.

Stanton se rio en mis narices, mientras me pinchaba.

—¿La misma? —balbució.

—Sí, la misma,

—Usted no es sólo basura, Stirling. Usted está hecho ya una gelatina.

—¿Por qué no me cree?

—Porque para hablarle ha tenido que entrar alguien en la habitación, ¿verdad?

—Eso no lo dudo —concedí.

—Pues bien, le aseguro que no ha entrado nadie, sino yo mismo. Le tengo tanto cariño que le vigilo personalmente. Durante mi turno no ha entrado nadie, y durante los demás le garantizo que tampoco.

Retiró la inyección y lavó el vaso en aquel lavabo que ya apenas funcionaba.

—No sé cuándo diablos le instalarán del todo el otro —dijo—. Claro, ¡cómo no dejo entrar a nadie! Tome, beba esto. Es alimento líquido.

Tragué porque lo necesitaba y porque seguía teniendo sed. Al mismo tiempo aquel vaso era una cosa real que me unía a este mundo. Por lo menos, mientras bebía no soñaba. Y no oía aquella condenada voz.

Luego me volví a tender en la cama.

Me sentía mejor.

—Stanton —murmuré.

—¿Qué le pasa ahora?

—Le juro que no he soñado. La chica que me hablaba se llamaba Nancy. Y estaba en el reino de los muertos.

—¿Ah, sí?

—No lo tome a broma, Stanton. Yo sé que a los drogados les pasan cosas raras, pero yo ya estoy mucho mejor. Ya no tengo alucinaciones. Usted sabe que hasta ayer mi conducta fue normal.

—Bueno, a ratos.

—Le estoy diciendo la verdad.

—¿Ah, sí? ¿Y dónde estaba ese bendito reino de los muertos?

—En una mansión del sur.

—No me diga... Con cuadros de antepasados y todo.

—Sí —dije, sintiéndome avergonzado—. Con cuadros de antepasados y todo.

—Bueno, amigo, ¿sabe qué le digo? ¡Váyase al cuerno! ¡Ya empiezo a estar harto de usted! ¡Menos mal que termino mi turno dentro de media hora!

Y salió dando un portazo.

Nunca he esperado media hora con tanta ansiedad como la que faltaba para que Stanton emprendiese el vuelo. Yo sabía que aquella noche estaba de servicio Hughes, que era un buen chico. Y apenas hubieron transcurrido los treinta minutos, y cinco más de margen, cuando me puse a apretar ansiosamente el timbre.

Hughes entró con sus revistas para pasar distraído la noche y con su cara de buen muchacho.

—Bueno, Stirling... ¡Ni que alguien hubiera pegado fuego a la habitación! ¿Qué le pasa ahora?

—Quiero pedirle un favor. Quiero que me traiga un libro de la biblioteca. Sólo con eso podré dormirme.

—Si quiere, le dejo alguna revista.

—Oh, no... Es un libro concreto el que me interesa. Cuando estuve en la biblioteca hace una semana lo vi. Ya sé que ahora no me lo pueden prestar porque no está la bibliotecaria, pero usted puede tomarlo como si lo quisiera leer. Me haría un inmenso favor, Hughes.

—Está bien; se lo haré si no va a dar la lata en toda la noche. ¿Qué libro es ese?

—La guía del viejo sur, de Carlyle.

—Hum... Una especie de guía turística para intelectuales. No sé para qué demonios le interesa una cosa así, cuando lo que debiera preocuparle es que no le expulsen de la policía.

—Así distraigo mis preocupaciones —dije, tímidamente.

Y el tío me creyó.

Cuando Hughes me trajo el libro, lo hojeé con ansia. Yo sabía que estaba lleno de datos históricos, de fotografías y de planos. Sobre todo de planos, para que el turista, el excursionista o el enamorado del paisaje que quisiera conocer bien el sur, encontrara los mejores caminos. Por supuesto, estaban señaladas las gasolineras, sobre todo las viejas. Y la voz me había dicho que la gasolinera donde empezaba el reino de los muertos era vieja.

Al pensar esto, casi me reí de mí mismo.

El reino de los muertos...

¿Pero qué tonterías estaba creyendo?

Como el sur es una zona inmensa de los Estados Unidos, desde Texas a Nuevo México y desde Virginia a Luisiana (estoy hablando del viejo sur), me ocupó varias horas revisarlo todo. Pues la voz no me había dado ningún dato geográfico, ninguna localización. No me había dado nada, excepto miedo. Por fin encontré una gasolinera situada al principio de un camino estrecho y recto (aquel camino del reino de los muertos de que hablaba la voz) y al final del cual, a la salida de una curva, estaba una vieja casa de sur que el libro señalaba como «histórica y notable».

La cabeza seguía dándome vueltas.

¿Podía ser aquello?

Todo lo que yo había oído en sueños, ¿podía existir?

Mis ojos miraban obsesionados el plano.

Cada vez la sensación de pesadilla se hacía más intensa.

Porque además, a una milla de la casa había una población. La pequeña población se llamaba Wilbur. Y el libro anotaba: «Vale la pena detenerse a oír la campana de su iglesia, que está sincronizada a un reloj de gran exactitud, y que según los expertos tiene el sonido más limpio y perfecto del país».

Ya no lo dudé más.

¡Por todos los infiernos!

¡Yo no había sufrido ninguna pesadilla!

Lo que acababa de oír era... ¡la voz de la propia muerte!

¡Pero la muerte me había hablado de algo real! ¡De algo que existía!

Curiosamente, no tuve miedo, a pesar de saber que iba a atravesar las fronteras del más allá. Peor sería si me quedaba en la habitación esperando que la voz volviese. De modo que tomé una de las decisiones más graves de mi vida, una decisión que podía hacer que el expediente de expulsión de mentira se transformase en un expediente de expulsión de verdad. Pero no lo dudé mientras me arreglaba, me afeitaba en silencio, me vestía y mientras reunía el poco dinero del que podía disponer. Abrí la puerta y en el pasillo silencioso vi a Hughes leyendo revistas, como todas las noches.

Aquella hora solía ser tranquila.

Los drogados daban la lata al amanecer.

En la Escuela de Policía me habían enseñado a escabullirme de los sitios y a andar sin hacer ruido, pero ¿qué quieren que les diga? Con el tiempo uno pierde la práctica. De modo que causé un pequeño roce y Hughes alzó de pronto la cabeza, mirándome como si yo fuese un aparecido.

—Stirling —barbotó—, ¿pero qué hace?

Yo lamenté de verdad aquello.

Lamenté tener que mover el puño derecho con tanta fuerza. Lamenté tener que partirle lo que se dice la cara. Lástima que no fuera Stanton. En este inundo siempre se la carga el que menos culpa tiene.

Y se la cargó el pobre Hughes.

Cuando le dejé para el arrastre, tumbado de tal forma que un árbitro le hubiera contado hasta sesenta, me largué hacia la sala de visitas, tomé un par de periódicos y me dirigí tranquilamente al ascensor. Todo era cuestión de echarle cara a la cosa. Allí no conocían a todos los médicos, y yo, con mi aire desenvuelto y mis dos periódicos bajo el brazo, parecía uno que hubiese terminado la consulta algo tarde. Para entrar me hubiesen preguntado tal vez algo, pero para salir no me preguntarían nada. Y así fue. El conserje me saludó respetuosamente. Un poco más, y el tío me pide propina por abrirme la puerta. O me ofrece participaciones para el sorteo de Navidad.

Cuando me vi libre, no perdí el tiempo. Hughes se recuperaría

en cinco minutos, si no lo descubrían antes. De modo que tomé un taxi, me hice conducir a la estación del metro de Times Square (y allí que me echaran un galgo, con el lío de pasadizos que hay) y salí en la Quinta Avenida, donde tomé un taxi. En el taxi me hice conducir al aeropuerto de Newark, en el vecino estado de Nueva Jersey.

Desde Newark salen una barbaridad de aviones hacia el sur. Unos directamente y otros procedentes de escalas. Los mostradores de las diversas compañías tienen empleadas guapas hasta altas horas de la noche.

La ciudad a la que me interesaba ir era Jackson, en el centro del estado de Luisiana. Desde Jackson podría dirigirme en coche hasta el lugar donde el plano situaba la vieja gasolinera.

La compañía Air América tenía un vuelo hacia aquella ruta media hora después. Compré un billete sin pagarlo, empleando mi tarjeta de crédito del Diner's, que conservaba en la cartera. Eso me permitiría disponer de dinero en efectivo para atender cualquier eventualidad. La media hora de espera se me hizo angustiosa, pues temía que la policía diera una orden muy lógica: vigilar los aeropuertos. Y yo era lo bastante conocido para que me echaran el guante apenas me vieses asomar las narices.

Pero no ocurrió nada, porque mi desaparición de la clínica tampoco tenía tanta importancia. Yo no era un pájaro de esos gordos, tras los que se moviliza toda la bofia. O quizá media hora fue un plazo demasiado corto para que reaccionaran, no sé. El caso fue que, cuando me vi a bordo del DC9 respiré tranquilo.

A pesar de que iba al encuentro de la cosa más intranquilizadora con que me había tropezado en mi condenada existencia.

La ciudad de Jackson empezaba a dormir plácidamente cuando yo me planté en ella, cerca de la medianoche. Como ya era tarde para alquilar un coche sin conductor, me quedé a dormir en un hotel próximo al aeropuerto, un delicioso y tranquilo hotel donde, cada vez que pasaba un reactor, la cama se levantaba del suelo. Pero yo dormí hasta el mediodía siguiente sin enterarme de nada, quizá porque aún subsistía el efecto de las inyecciones calmantes que me daba aquel podrido de Stanton.

Pagué la cuenta, desayuné con buen apetito en un restaurante de paso y me dirigí a la agencia de alquiler de coches, que estaba en el

mismo aeropuerto. Me llevé un Pontiac y empecé a rodar hacia el Sur, hacia lo desconocido.

Desde Jackson parte una gran carretera, la Nacional 55, que pasa cerca de Brookhaven y le deja a uno en Hammond, desde donde puede ir a Baton Rouge o a Nueva Orleans. En todo caso, aquello es el sur profundo y nostálgico, el de las viejas esclavitudes, el de la segregación racial, el de las leyendas de brujería y el de — todo hay que decirlo— las señoras que están como trenes. Un par de veces, mientras conducía, estuve a punto de estrellarme porque había confundido la popa de una señorita negra con una señal doble de curva peligrosa.

Yo no necesitaba llegar hasta Hammond. Siguiendo el plano que había arrancado del libro, me detuve en Amite, en el condado de Tangipahoa, desde donde parte la carretera comarcal que va a Bogalusa. Muy cerca de allí, y muy cerca también de un río llamado Boyné Chitto, tenía que estar la gasolinera.

Mientras rodaba a buena velocidad, las sombras iban adueñándose otra vez del paisaje. Mis aprensiones aumentaban sin que yo supiera bien por qué.

Es vergonzoso decirlo.

Pero tenía miedo.

Deseaba que todo aquello fuese un sueño, una pesadilla. En cambio, si todo aquello era realidad, yo me sentiría perdido. Hubiera dado en este momento todo lo que tenía porque la gasolinera no existiese.

Pero de pronto la vi.

Mis ojos se entrecerraron.

Mis manos hicieron temblar el volante de tal modo, que el coche por poco se sale de la calzada.

Me detuve porque quería verla. Aún confiaba en que todo aquello no fuese verdad. Pero vi, en efecto, las luces amarillas que apenas disipaban las tinieblas. Vi las paredes de pintura desconchada. Vi el anuncio que proclamaba las excelencias de un nuevo tipo de neumático lanzado por la Firestone.

Era como si la voz me hablase otra vez. Yo vivía en la realidad lo que me había parecido vivir en sueños. Y entonces se me aproximó el tío gordo y sonriente. El tío que mascaba chicle.

Me preguntó:

—¿Cuántos litros le ponemos, señor? Cerré otra vez los ojos porque acababa de verlo. De uno de sus bolsillos sobresalía la revista infantil, con sus colores chillones.

—Diga, señor, ¿cuántos le pongo?

Me miraba como si yo fuese un tío raro de esos que no saben lo que quieren.

—Ah, sí... —murmuré—, seis galones.

Mientras me servía, descendí del coche y le pregunté si poco tiempo antes había pasado por allí una señorita que le pidió cuatro galones de esencia.

—¿Una señorita? ¿Cómo era? Por aquí pasa mucha gente, señor.

Entonces me di cuenta, con un absurdo sentimiento de sorpresa, de que no sabía nada de aquella mujer, excepto que tenía una agradable voz y se llamaba Nancy. Por un momento me ilusionó creer que aquel universo de horror no existía y que ella tampoco había existido nunca. Pero el hombre gordo insistió amablemente:

—Diga... ¿cómo era? ¿No recuerda ningún detalle? Yo en las mujeres me fijo...

—Lo único que sé es que conducía un modelo exclusivo, un modelo que aún no está a la venta.

El hombre alzó las manos y entonces tuve una evidencia más de que todo aquello existía. Entonces el miedo volvió a mí.

—Ah, sí... —dijo—. Un modelo que me llamó la atención... De eso debe hacer una semana, ¿sabe? O quizá diez días. Pero lo recuerdo muy bien porque la chica era de rechupete. Bien de aquí, bien de allá, muy bien de acá... Siguió por esa carretera estrecha.

Era una variante de la carretera de Bogalusa. Era una especie de camino vecinal muy bien cuidado que va hacia Folsom, Covington y Abita Springs, y muy cerca del lago Pontchartrain, que es algo así como la bahía de Nueva Orleans. En definitiva, era el camino recto y estrecho de que me había hablado la voz. Y yo sentí un brutal estremecimiento.

Pagué y me largué.

Sobre el camino flotaban las sombras de los cipreses. Era un camino triste e inacabable que parecía llevar a un cementerio. Una hora después tomé a poca velocidad una curva y... y vi la casa.

La vieja y solerme casa del sur.

Con sus columnas.

Con su prado verde delante. Con su jardín y su lago detrás. Con su especie de aura misteriosa flotando alrededor de las ventanas cerradas.

Por suerte yo no llevaba aún los faros encendidos, aunque casi era de noche. Eso permitió que nadie me viera. Oculté el coche entre unos árboles y seguí a pie la línea de un bosquecillo.

Oculto allí, esperé a que se hiciera completamente de noche.

Vi que varias de las ventanas se encendían. Eran muy pocas, lo cual me indicó que la casa se hallaba casi deshabitada. En el jardín posterior también se encendieron algunos faroles muy poéticos, pero que no hacían más que resaltar la siniestra soledad del paraje. Por fin todo quedó en silencio y yo me decidí a avanzar.

Ahora ya no me cabía duda de que la voz había dicho la verdad. Todo concordaba.

¿Pero cómo había llegado la voz hasta mí, situado casi al otro extremo del país? ¿Cómo era posible? ¿En qué especie de clima de brujería estaba yo metido?

Di la vuelta a la casa, deslizándome como un «corlando» hasta el jardín posterior. Recordaba los detalles dados por la voz corlo si aún la estuviese oyendo. Había hablado de que desde la puerta secreta del armario se llegaba a unas empinadas escaleras por las que se descendía a un pequeño rellano con dos puertas más. Una daba al jardín posterior. La otra... a la siniestra habitación porticada donde estaban los cadáveres.

Eso significaba que, desde el jardín, yo podía llegar a aquel rellano. Y significaba también que, prácticamente, cualquiera podía hacerlo.

Y por consiguiente bastantes personas conocerían la existencia de aquella habitación de los cadáveres.

Hice un gesto de optimismo.

No, no era posible.

Allí estaba el fallo.

Una habitación repleta de cadáveres y cuya existencia conocen bastantes personas, no se queda así ni diez minutos. Inmediatamente alguien avisa a la policía, cuyos miembros llegan entre aullidos de sirenas y golpes de panza a las puertas. Diferente hubiera sido caso de tratarse de una habitación realmente «secreta». Pero ¡diablos!, una habitación que da casi a un jardín es cosa

distinta. Yo estaba seguro de que me encontraría con que allí no había nada de nada. ¡Ni hablar de cadáveres! ¡Todo habría sido como un maldito sueño!

Mis dedos temblaron.

La puerta gruñía ante mí.

El viento suave de la noche la hacía oscilar. No estaba ni siquiera cerrada. Y desde el interior, a través de los intersticios, llegaba una especie de resplandor fantasmal.

Empujé aquella puerta.

Y el frío llegó hasta el fondo de mis nervios, dejándolos paralizados. Porque, en efecto, allí había como un pequeño vestíbulo. ¡Y allí nacían unas escaleras muy empinadas que llegaban hasta el primer piso de la casa! ¡Allí estaban las luces amarillas!

¡Todo tal como me lo había dicho la voz! ¡No faltaba ni el detalle de la barandilla con pasamanos de caoba!

Y allí estaba también... la otra puerta.

Más allá habían de estar los muertos.

El reino de los muertos.

Claro que yo no podía creerlo.

Era absurdo, ridículo. Era..., ¡era espantoso!

Vacilando como no había vacilado jamás, obrando como un colegial más que como un policía, empujé aquella otra puerta. No tuve ninguna dificultad. Estaba tan abierta como la otra, lo cual evitaba toda sensación de misterio. O al menos eso creí yo hasta que vi el interior. Hasta que vi todo aquel horrible amontonamiento de muertos.

Una mujer de mirada espantosamente fija, que debía ser tía Agatha. Hombres con destrozados uniformes del sur y momias que conservaban en las manos... ¡lo que había sido un ramo de flores!

¡Esqueletos con sus órbitas vacías! ¡Manos huesudas que parecían tenderse hacia mí! ¡Una pesadilla que estaba más allá de la vida!

¡Aquella era la horrible verdad!

¡Yo acababa de penetrar en el reino de los muertos!

3

No recuerdo cuánto tiempo estuve así.

La cabeza me daba vueltas.

De una forma maquinal, casi sin advertirlo, cerré la puerta. Me apoyé en ella y respiré ansiosamente. Aquello no despedía ningún hedor. No eran muertos, sino momias. Bueno, una cosa y otra son, en parte, lo mismo. Me estaba haciendo un lío con las palabras. Lo cierto era que no me tenía en pie y que me parecía haber sido trasladado más allá del tiempo.

Poco a poco fui recuperándome.

Miré la escalera alumbrada por las bombillas amarillas, aquella escalera que parecía conducir desde el infierno —en que yo me encontraba ahora— hasta un mundo también misterioso, pero quizá mucho más acogedor. Un mundo donde me esperaba la dueña de la voz.

La mujer que era capaz de conseguir que la oyesen en una clínica de Nueva York. Alguien que poseía poderes que nunca han poseído las brujas.

Subí poco a poco.

Mis dedos casi temblaban al acariciar la pulida superficie de caoba.

Y al llegar arriba me encontré ante aquella puerta, la que sin duda daba al interior del armario. Vacilé un momento porque sabía que iba a hacer algo ilegal, pero la desazón que sentía pudo más que mis escrúpulos. De modo que tiré de la puerta y me encontré, efectivamente, dentro de un armario.

Había colgadas en él unas cuantas prendas.

Y más allá se escuchaba la música con tanta claridad como si, efectivamente, la orquesta estuviera junto a la cama. La voz también lo había dicho. Y además debía ser la emisora local, la que cada hora desgranaba el limpio sonido de las campanas de Wilbur.

No tiene nada de extraño el que yo me sintiera como alucinado. Ahora sí que me sentía de verdad en el reino de los muertos. Empujé la puerta, con un gesto de repentina decisión, y entonces me encontré en el inundo de los vivos.

O de las vivas.

Porque no estoy hablando de tíos, sino de tías.

Me quedé alorado.

¡Cuerno, qué señora!

¡Qué piernas tan bien cruzadas! ¡Y qué delantera! ¡Y qué boca que se entreabría! ¡Y qué ojos almendrados, los que me miraban con indefinible asombro! Ella sí que era «modelo especial» y no su coche.

Un monumento así no lo producen en cadena.

Quedé detenido en una posición absurda, porque cualquier cosa podía ocurrir. Lo lógico era que ella gritase. Pero, en lugar de eso, recobró la serenidad en seguida y dijo con aquella voz que yo ya conocía perfectamente:

—¿Quién es usted? ¿Pertenece a la policía?

Por lo visto estaba esperando que la policía llegase, lo cual todavía me dejó más confuso. Pero me había hecho una pregunta y la contesté.

—Sí —dije—, pertenezco a la policía.

Realmente, yo no estaba mintiendo.

Mientras el expediente no se resolviese en contra mía, yo era un sucio polizonte perteneciente a la brigada de Narcóticos. Los demás detalles no importaban ahora.

Ella se movió un poco y desconectó la radio. Al hacerlo, la línea larga y turbadora de sus piernas se me mostró con mucha más generosidad todavía.

Realmente me mareé.

—Celebro que haya venido —dijo—, pero no esperaba que llegase por la puerta del armario. ¿Cómo ha sabido que existía?

—No es tan secreta como parece —dije, buscando una respuesta lógica—. Se puede llegar a ella desde el jardín posterior.

—Eso es cierto. Y a veces tengo miedo, se lo juro. Supongo que, hace cien años, las personas que usaban este dormitorio tenían así una manera de salir sin que nadie les controlase. O podían recibir visitas discretas. Las señoras podían verse con los criados guapos y

los señores con las criadas guapas. ¡La deliciosa sociedad de entonces...! Pero a mí no me gusta que esa puerta exista, y creo que la haré tapiar. Por cierto que... Bueno, todo ha sido tan repentino que no le estoy atendiendo de ninguna manera. ¿Quiere usted un poco de güisqui? ¿Cigarrillos?

Negué con la cabeza.

—No, gracias, señorita Nancy.

Parpadeó.

—¿Sabe mi nombre?

—Me he enterado antes de venir —dije, sin comprometerme.

—Entonces sabrá que soy la heredera de todo esto. O quizá de todo no... Pero al menos soy la heredera de la casa y de otras posesiones importantes. Los restantes familiares se repartirán unas cuantas cosas que no le detallo a usted porque ese no es ahora asunto suyo. Usted ha venido aquí por lo de los muertos.

Ahora el que parpadeé fui yo.

Aquella mujer me desconcertaba del todo. Su modo de enfocar el asunto con tanta franqueza me dejaba sin saber qué pensar. Y sobre todo, por irreal que parezca, yo seguía sin saber si estaba ante una mujer de verdad o ante una aparición del otro mundo. Porque su modo de hacerse oír en mi clínica de Nueva York aún me tenía trastornado.

—Sí —dije—, he venido por lo de los muertos.

—Supongo que ya conoce la historia.

—¿La historia? —murmuré, sintiendo cada vez más que estaba en terreno resbaladizo.

—Sí... Supongo que ya conoce lo que pasa.

—Me gustaría que usted me lo repitiese —dije—. En realidad, tengo que hacer un informe completo y antes me gustaría escucharla.

—Verá... —susurró Nancy poniéndose un cigarrillo entre sus golosos labios—, yo he avisado a la policía porque no puedo aguantar ya más. He avisado esta noche y me han dicho que estaban enterados del asunto y que ya vendrían mañana. Por eso me ha extrañado tanto que usted apareciera.

—Personalmente —dije, sin querer comprometerme a nada—, no veo la razón para que la policía, en un caso así, no acuda enseguida.

—Es que, como ya conocen el asunto, no quieren intervenir.

—¿Ya conocen el asunto?

—Sí. Y me han dicho que no tienen más remedio que aguantarse.

—¿No tienen más remedio que aguantarse?

—Esto corre a cargo de la Secretaría de Cultura del Gobierno. Han dado la orden desde Washington.

Yo sentí que me tambaleaba. Si antes tenía la aprensión de haber entrado en un inundo irreal, ahora ya no me cabía ninguna duda. Las frases de la muchacha eran para mí un jeroglífico, pese a la naturalidad con que las pronunciaba. La verdad era que no entendía absolutamente nada. Ella lo notó.

—Veo que no me comprende —dijo.

—No acabo de entenderla del todo. Los informes que tenemos en la policía no son enteramente claros, ¿sabe?

—Pues sin embargo es muy sencillo. Ya saben ustedes que esta casa tiene un alto valor histórico.

—Sí, claro —accedí, para no comprometerme.

—Tía Agatha, antes de morir, pidió que su cuerpo fuera embalsamado, al igual que los cuerpos de sus antecesores. Así se hizo, y al ir a depositar la momia, alguien se dio cuenta, por pura casualidad, de que la cripta era mucho más profunda. Se hicieron algunas excavaciones y aparecieron otros muertos. Pero esos muertos no pertenecían a la familia, sino a los primitivos pobladores de esta tierra. Eran indios enterrados con sus joyas, con sus utensilios y hasta con pergaminos que tenían un enorme valor histórico. En resumen..., ¡esta casa estaba edificada sobre un viejo cementerio! ¿Qué ocurrió entonces? Pues que un catedrático se enteró y dio el soplo a Washington. ¿Y qué hizo Washington? Meter las narices en esto y enviar a un experto. ¿Y qué cuerno dijo el experto? Pues que este era el hallazgo histórico más importante que había tenido lugar en el país en los últimos treinta años, y que una serie de historiadores y arqueólogos se ocuparían de los trabajos. Cada momia tenía que ser sacada cuidadosamente, analizada, numerada y llevada a una central de investigación. ¡Pero resulta que hay docenas de momias! ¡Y hay docenas de objetos de oro y plata que el Gobierno quiere hacer suyos, pagándome su valor! ¿Sabe usted lo que significa tasar todos esos objetos? ¿Se da cuenta

de la cantidad de horas perdidas por una cosa así?

Yo cabeceé afirmativamente.

Claro que me daba cuenta.

Para los arqueólogos, los investigadores y según qué científicos, el tiempo no existe. Se pueden pasar años examinando una momia. Y mientras, ¿qué...?

—Y mientras, ¿qué? —preguntó Nancy, como si hubiera adivinado mis pensamientos uno a uno—. Mientras tanto los muertos están ahí abajo, en esa habitación horrible. ¡Incluso tía Agatha permanece sin sepultar! Según los científicos, no hay peligro sanitario porque está embalsamada, y además con no acercarme a esa habitación todo terminado. Pero yo ya no puedo aguantar más...

—¿Cómo fue posible que esto empezase? —pregunté—. ¿Cómo consintieron que los científicos y los investigadores se metieran aquí y empezaran a trajar por su cuenta? Esta es una propiedad privada...

—Claro que lo es. Pero con tía Agatha muerta y sin que ningún heredero hubiese llegado aún aquí, los criados no se atrevieron a oponerse. He sido yo la que me he opuesto, pero ya ve que no me hacen demasiado caso. Lo único que he obtenido ha sido la promesa de que la semana próxima los muertos de la familia serán sepultados de nuevo, que se cerrará la cripta y que las momias de los indios serán llevadas a otro sitio. Pero mientras tanto, ¿qué? ¿Usted cree que puedo soportar esto? Y he llamado a la policía con la esperanza de que...

Se interrumpió.

Dio un par de nerviosas chupadas a su cigarrillo.

—Pero ahora ya está usted aquí —dijo—. Ahora las cosas ya van a ir mejor. ¿Qué piensa hacer? Realmente, yo no lo sabía. Por eso la pregunta me produjo tanto sobresalto. No sabía ni por qué estaba allí. No sabía cómo yo había podido escuchar la voz de aquella mujer a miles de kilómetros de distancia. No sabía si estaba de verdad en el reino de los muertos (en todo caso no andaba muy lejos, puesto que los cadáveres se amontonaban abajo), ni sabía cómo iba a salir de aquel atolladero.

Pero conseguí hacer un gesto desenvuelto, como el que está muy seguro de sí mismo.

—De momento he venido a hacerme cargo de la situación —dije—. Mañana por la mañana hablaré con mis jefes y resolveremos alguna cosa. Mientras tanto, podré instalarme en Wilbur, supongo.

—Ah... ¿No vive usted en Wilbur?

Comprendí que acababa de cometer un desliz. Si yo, teóricamente, pertenecía a la plantilla de policía de Wilbur, lo lógico era que viviese allí.

—He venido de Nueva Orleans —dije—. Me han avisado telefónicamente hace poco.

Ella volvió a cruzar las piernas de nuevo, ofreciendo una exhibición seductora. Hice esfuerzos por mantenerme neutral, pero mis ojos no conseguían apartarse de aquella línea turbadora en la que terminaba la falda.

—En ese caso considérese mi invitado —susurró Nancy—. No puedo consentir que vuelva ahora a Wilbur, teniendo aquí tantas habitaciones disponibles. Es decir..., si no le espera su esposa.

—Soy soltero —dije suavemente. Y me pareció que la pregunta de la chica y mi respuesta estaban cargadas de sentido. ¡La de cosas que imagina uno ante unas piernas mórbidas y largas y ante unas caderas de potentes curvas! ¿A usted no le ha pasado nunca?

Pues imagine lo que me pasaría a mí, después de estar tanto tiempo metido en una clínica. Dije que sí, que me quedaría a dormir en la mansión, con la secreta esperanza de que ella me soltase una frase parecida a esta: «Pues para dormir ya estás bien, cariño; no hace falta que cambies de habitación». En lugar de eso, me señaló muy dignamente la puerta.

—Puede ir a la pieza que hay al fondo del pasillo; está siempre dispuesta para recibir huéspedes. Por cierto, aún no sé ni su nombre. Si lo ha dicho antes, no lo recuerdo. ¿Cómo se llama usted?

—Me llamo Stirling —dije quedamente—. Si me necesita, acudiré. No creo que duerma demasiado esta noche.

Efectivamente, no iba a dormir. Las curvas de la chica por un lado y los muertos por el otro formaban un cóctel demasiado fuerte para permitirme cerrar los ojos...

La habitación que me había indicado Nancy era magnífica y hasta tenía, para que no faltase nada, una cama con dosel. Era como si me hubiese hundido de golpe en el viejo, en el profundo sur, el de las leyendas y el de los misterios. Ah, me olvidaba de algo: Y

también el de las señoras que están como trenes.

No ocupé la cama con dosel que me había sido asignada. Encendí un cigarrillo, di unas vueltas por la habitación e intenté trazarme un plan. Ante todo, debía vencer la muralla que significaba el que al día siguiente viniese la auténtica policía.

Pensando cubrirme, decidí ir en secreto a la pequeña población de Wilbur.

Telefonaría desde allí a mis jefes de Nueva York.

Les diría que tenía entre manos algo extraordinario, algo que bordeaba la magia (ya veríamos luego lo que decían de mí) y les pediría que me apoyasen durante media semana. No era demasiado. Así conseguiría que la policía titular de Wilbur tuviera paciencia con una especie de intruso como yo.

Ese era el primer paso.

Pensado y hecho.

Volví sobre mis pasos, fui hacia la puerta y la entreabrí con cuidado. Entonces hubo algo que me sobresaltó, algo que me hizo permanecer quieto, expectante, con la respiración en suspenso. Algo que me pareció un misterio flotando en la niebla, viniendo hacia mí como una mano que me ahogaba.

Y sin embargo, no podía ser más sencillo.

Eran las campanadas que llegaban desde la torre de Wilbur.

Claros, solemnes, como de cristal, atravesando la noche, dejando en el cálido aire del sur como una estela de poesía. Las conté una a una. Doce campanadas. ¡Diablos, cómo había pasado el tiempo! ¡Era ya medianoche! Consulté mi reloj y vi que, en efecto, eran las doce. Abrí del todo la puerta, procurando no hacer ruido, y descendí en silencio a la planta baja.

Vi los retratos de los antepasados.

Y me estremecí.

Estaban allí erguidos, solemnes, heroicos los hombres. Suaves y delicadas las mujeres. Estaban allí en los cuadros, desafiando al tiempo... ¡mientras un poco más allá estaban sus momias silenciosas! ¡Mientras un poco más allá empezaba el reino de los muertos!

La puerta no tenía ningún sistema de seguridad, de modo que pude abrirla fácilmente. Me encontré en el altísimo porche y rodeé la casa. El gran parque, al fondo, aparecía lleno de susurros y de

misterios, pero creo que jamás he visto nada tan hermoso. Aceleré mis pasos y me encontré en la parte posterior.

Allí empezaba, si yo no recordaba mal, el sendero que llevaba directamente a Wilbur.

Pero antes de seguirlo me volví. Acababa de oír algo que me helaba la sangre en las venas. Acababa de oír un sonido la mar de natural y que sin embargo me producía una sensación de ultratumba.

Era la puerta que daba a las empinadas escaleras y a la habitación de los muertos.

La puerta crujía a impulsos de la brisa.

Ya había ocurrido lo mismo cuando yo llegué, pero ahora el sonido me pareció mucho más espectral, mucho más profundo. Quizá era que yo estaba perdiendo el dominio de mis nervios. Me detuve y escuché durante algunos minutos aquel crujido como si llegara de las entrañas de la casa.

¿Por qué me volví? ¿Qué fue lo que me dio la oscura sensación de que yo tenía que hacerlo?

El caso fue que volví poco a poco hacia la casa, atravesé aquella puerta, miré las escaleras y me dejé embeber por la luz de las bombillas amarillentas. Luego empujé la puerta de lo que yo ya llamaba «el reino de los muertos». Y los vi todos allí, alineados, con sus órbitas vacías, con sus uniformes ajados, con sus ramos de flores terriblemente mustias... Como cuerpos hechos de polvo y de olvido, como cuerpos sin sangre.

¿Sin sangre...? Entonces, ¿qué fue lo que sentí entonces? ¿Por qué aquella gota caliente, espesa, cayó sobre mi cabeza?

4

No sé si usted, amigo, o usted, amiga, han sentido alguna vez resbalar sobre su frente una gota de sangre. Me refiero a sangre que no sea suya. A sangre que mancha, a sangre que asusta, a sangre de otros que nos deja como marcados para el resto de nuestras vidas.

Eso fue lo que sentí yo entonces.

Y me estremecí.

Pese a ser un sucio polizante de los que se las tienen con cualquiera, me estremecí. Esa es la verdad. Porque aquella gota de sangre... ¡parecía haber caído del cielo!

Claro que del cielo no podía ser.

Tenía que haber caído del techo.

El sentido de la realidad volvió poco a poco a mí, mezclado con algo así como un miedo espantoso, un miedo más fuerte que yo mismo. Alcé los ojos y entonces la vi. ¡Era una muchacha de apenas diecisiete años! ¡Tenía una profunda herida en la sien, de la que manaba la sangre! ¡Y... y estaba colgada cabeza abajo! ¡La habían colgado de una argolla del techo por medio de una de sus pantis!

A mí personalmente las pantis no me gustan, porque no tienen picardía, pero en ese momento no pensé una cosa así. En ese momento me pareció milagroso que la seda resistiera tanto. Claro que se estaba rasgando, y la muchacha caería de un momento a otro. La habían clavado a la altura de la rodilla y ahora la abertura, que se había ido haciendo más grande al resbalar el cuerpo, estaba a la altura del tobillo.

Sus cabellos rubios flotaban al aire.

Yo nunca había visto algo tan espantoso.

¡Una preciosa muchacha colgada como una res!

¡Asesinada y colgada de un garfio!

Sentí que todo daba vueltas en torno mío.

La habitación, los muertos, la argolla... ¡Todo!

Pero conservé la suficiente serenidad para tender los brazos cuando me di cuenta de que la muchacha iba a caer. Los últimos palmos de seda se rompieron desgarrados por el gancho. La chica cayó mansamente en mis brazos con un chasquido de carne joven, con un susurro de telas finas, con un acre olor de sangre recién derramada...

La dejé en el suelo mientras mis rodillas temblaban y mientras de mi boca escapaba una brusca exclamación de asombro.

5

El doctor Manson era el forense del distrito judicial al que pertenecía Wilbur. Había llegado allí a primera hora de la mañana, lanzando pestes por el hecho de que le molestaran en día festivo. Porque hay que decir que era domingo, un domingo de radiante sol, el cual no impedía sin embargo que un ambiente gélido flotara sobre el depósito de cadáveres.

Fue Manson el que examinó la cabeza de la chica y dijo que el crimen había sido una cosa rápida, certera, casi una obra maestra. Con un punzón habían atravesado la sien izquierda de la víctima, que había muerto casi instantáneamente. Para colgarla habían empleado el gancho del techo, subiéndola hasta él por medio de una banqueta que existía en la cámara de los muertos.

Eso significaba que el asesino era una persona de excepcional corpulencia, pues había podido subir a la banqueta con el cadáver a cuestas y encima izarlo hasta el gancho, para clavar en él una de las medias de la chica y dejarla así colgada.

Esas fueron las conclusiones del forense.

Las emitió con voz impersonal, helada, como si en el fondo aquello no le importase. Pero yo tenía los ojos clavados en el cuerpo de la chica y no podía apartarlos de allí. Aquello me obsesionaba. No podía dejar de mirar los ojos de la muerta, que estaban muy abiertos, que parecían mirar a la luz irreal de la sala, que parecían vernos aún a todos, extraños fantasmas de aquel mundo donde se mezclaban los vivos y los muertos...

Gordon se acercó a mí.

Yo oí sus pasos y entonces salí de mi sueño.

Permitan que les presente a Gordon.

Gordon es el típico jefe de policía del sur, el policía a sueldo del cacique, el que pega un puntapié a un niño negro si le ve entrar en una escuela para blancos, el que se atiza una tonelada de güisqui

por semana mientras multa a todos los borrachos de la localidad, el que dice que hay que ir a la absoluta separación de razas mientras persigue hasta por debajo de los armarios a la última criadita negra que ha entrado a su servicio.

Ese era Gordon.

El tripón, el babeante jefe de policía que me dio un codazo y me dijo:

—Hala, vamos, fuera de aquí, Stirling. En el banco donde está sentado tendremos que echar, si no, una tonelada de desinfectante.

Conmovido por lo amable que era el tío, salí con él. En el exterior del depósito de cadáveres había un jardincillo, y el sol nos dio en la cara cuando nos detuvimos en él. Gordon bizqueó mientras con las dos manos se rascaba la tripa.

—He hablado con sus jefes de Nueva York —me soltó—. Y me han dicho que está usted sometido a expediente por drogadicto, pero que es posible que la cosa acabe en nada.

Asentí.

Yo ya había hablado con Nueva York cinco minutos antes de telefonar a la policía de Wilbur desde la misma población. Y desde Nueva York me habían dicho que me apoyarían, pero sin deshacer la trama según la cual yo era un drogado, un cerdo, una alimaña, un bicho babeante que estaba ahorrando para comprarse un solar en las alcantarillas de la ciudad. Todo eso porque como drogado y como bicho babeante aún podía ser útil a la policía para meterme en ciertos ambientes.

Gordon gruñó:

—Me han informado de que usted se escapó de la clínica tras golpear a un médico, lo cual tendrá malas consecuencias para usted, Stirling. Pero como eso ocurrió fuera de mi jurisdicción, no me importa. En cambio, sí que me importa lo que ocurre aquí, donde yo mando. ¿Qué pretendía, al llegar hasta tan cerca de Nueva Orleans? ¿Tomar un barco clandestino que le llevase a México?

—No hay para tanto —dije, muy serio, sin soltar una palabra de la verdad—. Simplemente, me gusta el sur. Un hombre que acaba de pasar por una cura de desintoxicación, siente a veces el deseo angustioso de cambiar de aires.

—Está bien, eso no lo discuto. ¿Pero cómo le invitó la señorita Nancy a dormir en su casa? ¿Qué era eso? ¿Un plan?

Y sus ojillos de cerdo relucieron de envidia.

También él se había fijado en las piernas de Nancy.

Bueno, que se chinchase.

—Puede que sea un plan —dije, con la mayor cara dura—, pero en todo caso se trata de un asunto mío, sobre el que no tiene derecho a interrogarme nadie.

Se tragó lo que pensaba decirme. Se notaba que el muy jabalí tenía ganas de preguntar: «¿Y qué? ¿Es una chica cariñosa? ¡Cuenta, cuenta...!» Para luego, cuando yo hubiese terminado de contar, darme dos guantazos. En lugar de eso preguntó:

—¿Cómo descubrió a la chica?

Yo ya lo había explicado todo la noche anterior, pero lo repetí. Gordon seguía bizqueando mientras le daba el sol en la cara. Al fin gruñó:

—Usted es un profesional. ¿Qué opina de eso?

—Pues que cualquiera pudo entrar por la parte trasera de la casa. Desde que los técnicos del Estado andan por allí, todo aquello está absurdamente abierto. Tuvo que ser, además, alguien dotado de mucha fuerza, porque no es fácil subir a la banqueta con el cadáver en brazos y encina alzarlo hasta el gancho. Yo apostaría por un hombre alto, robusto, una especie de *catcher*^[1]. Dos metros de altura, pianos rudas, pies grandes... ¿Han encontrado huellas?

—Sí.

—¿Cuáles?

—Las suyas.

Con aquello, el bestia de Gordon quería indicarme que yo era el primer sospechoso, pero no me impresioné. Desde el momento en que denuncié el crimen, sacando de su sueño a la amable telefonista de Wilbur, sabía que corría ese riesgo.

—Me refiero a huellas del presunto asesino —susurré.

—A eso me refería yo también —dijo Gordon—. No había otras.

—Es absurdo...

—No tanto. El asesino pudo llegar desde el interior de la casa.

—Es que no hay entrada más que desde el exterior y desde la puerta semisecreta que da al dormitorio de Nancy.

—Por allí pudo entrar el culpable.

—¿Sin que Nancy lo viera?

—Nancy no está todo el día en su dormitorio.

—Eso por descontado —murmuré—, pero cuando se cometió el crimen, sí que estaba.

—El asesino pudo haber utilizado antes la puerta del armario y la escalera —explicó Gordon—, poniéndose a esperar en la cripta, que es un siniestro sótano, como usted sabe. Allí era imposible que alguien le viese. Cuando usted entró en la habitación de los muertos por primera vez, ya debía estar allí, pero no se movió porque contra usted no iba nada. Luego entró esa pobre chica y... ¡zas! Para huir no tuvo grandes dificultades. Pudo subir hasta el tejado de la casa, desde la puerta, valiéndose de las rugosidades de la pared del edificio. Le estoy hablando de un hombre joven y fuerte que de ese modo no pisó el suelo exterior y no dejó huellas. Una vez en el tejado, se descolgó hasta su habitación... ¡y a dormir en paz hasta la mañana siguiente!

Yo puse maquinalmente un cigarrillo en mis labios mientras escuchaba con la mayor atención a Gordon.

Bruscamente, ya no me pareció tan cerdo.

Al menos, me excluía a mí de la lista de los sospechosos.

Según él, el asesino vivía en la casa.

Claro que yo también estaba en ella, pero...

—¿Se da cuenta? —murmuré—. Usted limita mucho el número de los sospechosos. Según su teoría, tuvo que ser alguien que estaba en la casa.

—Por supuesto.

—¿Yo mismo?

—Sí, pudo, ser usted mismo, y por eso analizaremos cuidadosamente las huellas que haya en el cuerpo de la víctima. Pero creo que tengo un sospechoso mejor. Venga.

Me llevó hasta su coche oficial, que esperaba fuera. Mientras andaba, por poco tropieza dos veces al mirar las caderas de una negra. Luego susurró:

—¿Sabe a qué hora se cometió el crimen, según el doctor Manson?

—No. ¿A qué hora?

—A las doce. A medianoche casi exactamente.

¿Por qué me estremecí? ¿Por qué me pareció oír otra vez el sonido limpio y cristalino de la campana? ¿Por qué me pareció que el sol se había oscurecido de repente?

Gordon lo notó. Y preguntó con un gruñido:

—¿Qué le pasa?

—Na... nada.

—Pues entonces no perdamos tiempo. Sígame.

Y fue a entrar en el coche.

Pero la negra de las caderas opulentas acertó a pasar otra vez. Y Gordon tropezó de tal modo, que por poco acaba no con la cabeza metida en el volante, sino además con un dedo metido en el agujero del encendedor eléctrico.

Otro argumento más para demostrar que los negros —y las negras— tienen la culpa de muchas cosas.

6

El tío de los dos metros de alto estaba allí. El tío de las manos grandes, de la figura de *catcher*, de la mirada perdida que corresponde al asesino nato. Solo le faltaba llevar colgado del pecho un cartelito que dijera: «Yo soy el culpable». Y la verdad era que Gordon pensaba colgárselo bien pronto.

—Mire —me dijo.

El fulano estaba sentado en una silla de la biblioteca, con la mirada perdida. Al oírnos entrar, no se inmutó. Y yo me quedé asombrado, porque no imaginaba que en la vieja casa del sur donde habitaba Nancy estuviera, además, semejante individuo.

Gordon lo presentó.

—Aquí tiene a Oscar Forrestal —me dijo.

—No lo había oído nombrar nunca —murmuré.

—¿Cómo que no? ¿Es que no le dice nada su apellido?

—Pues..., pues nada. Solo que tiene nombre de portaaviones, pero no creo que eso nos aclare las cosas.

—La dueña de esta casa, la famosa tía Agatha, se llamaba Agatha Forrestal. Y Nancy se llama Nancy Forrestal. Son varios sobrinos que llevan el mismo apellido, aunque yo creo que no se habían visto nunca.

Comprendí de pronto y moví la cabeza afirmativamente, porque aquello aclaraba muchas cosas.

—Entonces —murmuré—, ¿este es uno de los cinco herederos?

—Sí. Y la muchacha asesinada era otro de ellos.

—Oiga..., ¿qué trata de sugerir?

A Gordon no le importaba que aquel tipo nos oyese. O quizá lo hacía a propósito para desmoralizarle, haciéndole ver lo bien encaminadas que iban las investigaciones. Me indicó la ventana.

—Venga.

Desde aquella ventana, yo veía el inmenso parque posterior de

la casa, en el centro del cual, para que no faltase nada, había un lago con nenúfares y con cisnes. Vi también a tres personas que paseaban por él, recibiendo la caricia del sol.

Una de esas personas la conocía yo bien. Era Nancy. Llevaba unos ceñidos pantalones que realzaban aún más su esbelta y curvilínea figura, y una blusita casi transparente. Junto a ella iba un hombre de unos veinticinco años, algo melenudo y con pinta de cantante de grupo musical. Y también una niña de unos diez años, una deliciosa muñequita que iba unos pasos delante o unos pasos detrás, siguiendo su impulso. Era la única que no parecía saber que allí se había cometido un crimen ni captaba la atmósfera enrarecida, dramática, de la casa.

Gordon murmuró:

—Le presento a los Forrestal. Una de esas personas es Nancy, a la que ya conoce... ¡Ejem! Y espero que no la conozca demasiado bien. Espero que no la conozca a solas. El melenudo es George. La niña es Linda. Todos llevan el apellido Forrestal, aunque no son más que primos. Porque los Forrestal forman un clan muy amplio, o mejor dicho lo formaban. Ahora solo quedan esos. Ah... Olvidaba al mamotreto que tiene usted sentado en esa silla. Ese es Oscar, otro de los herederos. Con esos cuatro, y la chica que murió anoche, ya tiene usted el quinteto.

—¿Todos son herederos?

—Sí, todos.

—Pero yo creí que Nancy era...

—En efecto, ella es la principal. Nancy hereda esta casa y sus objetos artísticos, que significan una bonita fortuna. Nada exagerado, de todos modos. Ya sabe usted... Estas viejas mansiones del sur cuestan cada año tanto dinero en reparaciones, que cuando uno hereda una de ellas es como si le hubieran puesto una multa. De todos modos, en este momento Nancy puede considerarse una persona de buena posición. En cuanto a los otros, ¿sabe lo que han heredado?

Moví la cabeza, negativamente.

—No, no lo sé.

—Entre todos, un terreno seco en Nevada. Una filfa. Parece que tía Agatha, en su juventud, rodó por allí y le tomó cariño. Bueno... Un pedazo de basura lleno de escorpiones y de polvo, para que nos

entendamos. Nadie ha querido ese terreno y ahora se lo reparten entre los cuatro. Quedan unos cuantos valores en el banco que quizá sumen unos cien mil machacantes. Son veinticinco del ala para cada uno. Y no sé si un poco de dinero en metálico, aunque nada importante. Con eso se acaba la lista. Ya ve que Nancy ha sido la más beneficiada.

Me estremecí.

Ya habrán notado ustedes que soy un poco aprensivo.

Pero ¿qué quieren que les diga? En aquel momento me pareció ver flotar la sombra de la muerte sobre aquellas tres figuras que paseaban. Y les juro que la sombra de la muerte es la más grande, la más compacta y la más sólida que he visto.

—Oiga, Gordon —musité.

—¿Qué le pasa?

—Se me ocurre hacerle una pregunta muy sencilla, ya que veo que usted está muy enterado de todo. Si uno de los herederos muere, ¿qué pasa con su parte?

—Se la reparten entre los otros.

—¿Y si mueren cuatro y queda uno?

Estoy seguro de que Gordon ya había pensado en aquello, pero de todos modos me preguntó:

—¿Adónde quiere ir a parar?

—A que la parte de Nancy es la más succulenta. No una cosa desafortunada, pero lo bastante para excitar el apetito de un asesino.

—Siga.

—Ese asesino se cargó anoche a la pobre muchacha de la media desgarrada. Luego se cargará al melenudo. Y a la niña. Y a Nancy... ¡Terminará quedándose todo él! ¡La muerte está planeando ya sobre las tres figuras que ve usted en el jardín! ¡Esto acabará en una cadena de crímenes si usted no lo evita! Gordon rio satisfecho. Quiso demostrarme que no era tonto y que ya había pensado en eso.

—¿Para qué cree que tengo a Oscar aquí? —masculló—. Ese es el culpable y no pararé hasta hacerle cantar la marca de las papillas que tomaba cuando niño. Ahora mismo me lo llevo a la comisaría y lo paso por la piedra. Se ha encerrado en un mutismo absoluto y no habla ni para decir que le dejemos ir al lavabo, pero eso durará solo el tiempo que yo quiera. ¡Menudos especialistas tengo yo para interrogar! A uno se le rompió la mano la semana pasada.

—¿Tan fuerte atizó?

—No. Es que se equivocó y le dio a la silla en lugar de darle al tío. Pero le he metido un expediente por rotura de mobiliario. Aquí siempre obramos dentro de la ley. —Se volvió y miró al tío que estaba sentado—. ¡Eh, Oscar, maldita sea, levántese! ¡Le vamos a preguntar por la clase de enaguas que le gustaban a su abuela! ¡Acompáñeme a la comisaría! ¡Hala, pronto! ¿Es que se ha vuelto sordo? ¡No tengo nada contra usted, maldita sea! ¡Hasta, si se porta bien y colabora, le dejaré que el lunes por la mañana se dé un buen atracón de bizcochos untados en sangre!

7

La chica llevaba una falda bastante cortita que mostraba sus piernas opulentas. Sus piernas eran de tal categoría que a la gente que bebía en la barra se le caía el vaso o se le olvidaba el cambio. La chica era una clásica belleza del sur, una hembra morena, apasionada, intensa, pero al mismo tiempo humilde. Porque yo me he fijado en que las bellezas del sur, si no han nacido ricas, son las más castigadas por la vida.

Llevaba un ceñido uniforme blanco.

Y unas medias negras.

De las que a mí me marean.

Pero había en sus ojos una expresión de sufrimiento, de mujer acorralada. Sin duda le dolía estar allí, detrás de la barra, esquivando los zarpazos de algún cliente, diciendo que no a las proposiciones de otro y fingiendo no oír las frases ingeniosas de un camionero cuando aseguraba que no había visto tantas curvas ni cuando se perdió por una carretera del Himalaya.

Como la primera vez que la vi, estaba quieta a un lado de la barra. Pero entonces la pobre se había dormido de pie, sencillamente, de tan reventada que estaba. En aquel momento yo había tenido que despabilarla para que me diese una conferencia con Nueva York. Ahora, no. Ahora la chica vino hacia mí y me puso delante una servilleta de papel, un vaso y unos cubiertos.

—¿Va a comer algo, señor?

—Sólo un emparedado de jamón y una cerveza. ¿Mucho trabajo?

—Los domingos al mediodía no, porque apenas pasan camiones, y los coches que van de excursión no se paran aquí. La centralita telefónica tampoco funciona apenas. Las oficinas están cerradas.

—¿Por qué atiende al bar y al mismo tiempo es la telefonista de Wilbur? —pregunté—. ¿Es que usted no descansa nunca?

Vino hacia mí con la cerveza, contoneándose graciosamente, y explicó:

—Yo solo soy la telefonista, pero hace dos meses que sustituyo a una amiga enferma. Puedo hacerlo porque la centralita está aquí, al lado. Antes el bar y la oficina telefónica eran una misma cosa.

Fue a por el emparedado.

Se notaba que yo le parecía distinto de los demás clientes porque aún no le había hablado de sus curvas. Quizá eso le daba confianza. Eso y el hecho de que yo le hubiera pedido la noche anterior una conferencia con las oficinas centrales de la Policía Metropolitana, en Nueva York.

—¿Ha venido usted por lo del crimen? —musitó.

—No. Cuando yo vine aún no se había cometido.

—La gente no habla de otra cosa —murmuró ella—. Y son muchos los que dicen que tenía que suceder.

Iba a llevarme el emparedado a la boca, pero lo dejé suspendido en el aire.

—¿Suceder? ¿Por qué?

—En esa cripta estaban enterrados numerosos indios seminolas con sus tesoros, y los indios seminolas tienen sus solemnes tradiciones. Tienen también sus creencias, ¿sabe? Dicen que los que profanan sus tumbas mueren al poco tiempo.

Me encogí de hombros.

—Bueno —dije—, lo mismo contaban de la tumba de Tutankhamon y ya ve...

—Sí, ya veo —me dijo la chica, muy convencida—. Todos los que intervinieron en su descubrimiento murieron de una forma misteriosa, como si les hubiera castigado una maldición.

Como la cosa era cierta y a mí todas esas leyendas me desmoralizan, no quise discutir. Pero la muchacha insistió:

—La gente asegura que habrá más muertes. Dicen que ahora la maldición se ha desencadenado y no puede volver atrás.

—La gente siempre explica cosas raras —murmuré, mientras comía.

—Pero las excavaciones en aquella cripta fueron muy discutidas, ¿sabe? Aprovecharon para hacerlas, el que la dueña de la casa hubiese muerto. Y no sepultaron ni siquiera su cadáver... En fin, todo eso me parece horrible. Yo creo que morirá más gente.

—Hay un sistema para que en Wilbur mueran al menos cinco hombres por minuto —susurré.

Ella no me vio venir.

Tenía cara de buena chica.

Susurró:

—¿Sí? ¿Cómo?

—Ponte a tensarte las medias junto a la parada del autobús —le aconsejé—. ¡Verás qué infartos de miocardio!

—Serán de *suyocardio* —murmuró ella. De todos modos tengo la sensación de que aquello no le había hecho maldita la gracia.

Yo era como todos, un tío sobón que si no llegaba a sus caderas por encima de la barra era porque no tenía los brazos más largos.

Dejó de prestarme atención y se encerró en la cabina de la centralita. Desde allí oí confusamente que preguntaba por los resultados de la liga de fútbol a una compañera de Tegucigalpa.

8

El que estaba rabioso era Gordon. A Gordon lo encontré al anoecer en la calle principal de la ciudad, muy cerca de la iglesia donde, según los expertos, sonaba la campana más cristalina de Norteamérica. Estaba aporreando el capó de su coche, de lo cual deduje que o las cosas no iban bien o estaba «ablandando» el automóvil para zampárselo luego.

—¿Qué ocurre? —musité.

—¡Maldita sea! ¿Y lo pregunta?

—Lo pregunto porque no lo sé —dije, con una de esas frases razonables que hasta los policías hacemos de vez en cuando.

—¿Ustedes cómo actúan en Nueva York?

—¿Actuar? ¿En qué?

—Me refiero a cuando viene un cochino leguleyo que quiere sacar en libertad a un cochino interrogado que está en un cochino despacho.

—¿Diciendo cochinas mentiras?

—¡Sí! ¡Y llenando la escupidera de cochina baba!

—Pues eso depende —susurré—. Depende de quién sea el pájaro que está encerrado. Y de quién sea el leguleyo. Y de qué cargos se hagan. Pero por lo general no los soltamos tan fácilmente, cuando se trata del asesinato de una menor.

—Lo mismo pensaba hacer yo, pero en el sur todo es caciquismo —se lamentó Gordon, como si él no viviera de eso—. Hay abogados pertenecientes a buenas familias a los que no puedes desairar si no quieres perder las relaciones, ¿comprende? Y ese bestia de Oscar Forrestal ha tenido la idea de llamar a uno de ellos. Total, que o presentaba pruebas inmediatas al fiscal del distrito para justificar la detención, o lo soltaba en seguida.

—Y ha tenido que soltarlo...

—¡Claro! ¿Qué pruebas tenía? ¿La de que esa muerte le

beneficia en un puñado de dólares? ¡Un puñado de dólares tan insignificante que nadie mataría por eso! Total, que todo eran presunciones y he tenido que soltarle.

Me quedó la sensación de que Gordon no le hubiera soltado tan fácilmente si en vez de intervenir un abogado de los que allí eran «alguien» por su dinero y sus influencias, llega a intervenir otro de los que sólo llevan por armas la verdad y la justicia. Pero me callé.

En Nueva York estaba cansado también de ver aquello.

—De modo que está libre... —susurré—. ¿Y adónde ha ido?

—Se ha metido en un hotel de Wilbur.

—¿Por qué no se ha largado?

—¿Cree que voy a permitírselo? Oscar Forrestal no se aleja ni cien metros de aquí sin que yo lo sepa. Además, él ha dicho una cosa sorprendente: que se queda porque quiere dar con el asesino.

—Hum...

—O sea que, encima, se chotea —masculló Gordon.

—Haga una cosa: vigílelo.

—¿Va a enseñarme mi obligación? ¿Se cree que porque venga de Nueva York lo sabe todo? ¡Claro que lo vigilaré! ¡Le voy a meter un policía hasta debajo de la cama! ¡Y le voy a instalar un micro hasta en la tapa del inodoro! ¿Pues qué se ha creído ese tío? ¡No faltaba más!

—Gordon —murmuré—, eso complica las cosas. A mi entender, el asesino vuelve a estar suelto.

—¡Pues que mate otra vez! ¡Le juro que va a tener que hacerlo con permiso del gobernador, de tan vigilado que pienso tenerle!

No tuve duda de que Gordon decía la verdad.

El tío estaba rabioso.

Habían matado en su distrito a una chica muy mona y él las chicas monas las quería para otras cosas.

Por el lado de Oscar Forrestal —me parecía a mí— podía estar tranquilo.

Pero las dudas me atosigaban.

No me dejaban vivir.

¿Maldiciones de ultratumba?

¿Voces que llegaban misteriosamente hasta una clínica de Nueva York? ¿Asesinos que no dejaban huellas?

¿Qué infiernos era todo aquello?

¿En qué planeta vivía? ¿Tendría razón Nancy y habríamos entrado de verdad los dos en el mundo de los muertos?

Pronto tendría nuevos motivos para inquietarme, para llegar hasta el paroxismo de la duda.

Pronto tendría nuevos motivos para volverme loco.

Pero los motivos fueron, de momento, para sentir envidia.

Y si no, juzgue usted.

Verá.

La cosa estaba ocurriendo dentro de un coche.

9

Los coches, ya se sabe, son las habitaciones secretas de los novios norteamericanos. Son los sitios donde uno le dice a su pareja: «Te amo». Y se lo demuestra. O le demuestra todo lo contrario. En los coches aparcados en los jardines se ven a veces unos besos tan de sacacorchos que ningún director se ha atrevido todavía a trasladarlos a la pantalla de un cine.

Y uno de esos besos estaba teniendo lugar en aquel coche.

Yo no sabía cómo había llegado allí, después de andar por mil sitios. Hundido en mis pensamientos, paseaba por el único parque municipal de Wilbur.

Un lugar hermoso donde los haya, lleno de castaños gigantes, de sauces llorones y de luces discretas.

Había algunos coches aparcados aquí y allá, pero yo no miré. Al contrario, me sentía molesto al pasar por allí porque la gente podía tomarme por un voyeur, uno de esos tipos raros que se excitan viendo maniobrar a los otros. Y me disponía a salir cuanto antes del parque, hundido en la tranquilidad del domingo al anochecer, cuando casi tropecé con aquel coche.

Y en la «cascara» o sea en el cacharro, lleno de cromados por todas partes, les juro que no me fijé.

Me fijé en la chica.

¡Qué cara!

¡Qué líneas superiores!

¡Y qué modo de besarla, el tío bestia que estaba con ella!

Era un beso estilo vampiro.

Ni que quisiera dejarla seca.

La cosa no iba conmigo —por desgracia, ya que con aquella chica valía la pena hacer el vampiro—, de modo que fui a pasar de largo.

Pero en aquel momento oí removerse a la muchacha. Oí que

gemía, mientras intentaba desasirse de los brazos de aquel tipo.

—¡Basta! ¡Ya está bien! ¡Basta, animal, basta!

Él la soltó un momento, sólo un momento. Separó los labios lo justo para decir:

—No hemos venido aquí a leer versos, nena. ¡Y si no te gusta te aguantas! ¡No haber venido!

Ella le dio un fuerte empujón.

Él le dio una bofetada.

Ella gimió.

Y él dijo que gimiendo le gustaba más todavía.

Ella me vio venir.

Él, no.

Ella susurró:

—Cuidado, Tom...

Él no susurró nada.

Ella vio cómo yo abría la portezuela.

Él sólo notó que alguien tiraba de su americana y que le hacía volar por los aires.

Ella gritó:

—¡No le pegue!

Él se acordó de mi mamá.

Ella oyó un chasquido.

Él vio mi puño.

Ella vio que un cuerpo volaba.

Él vio las estrellas.

Ella dijo: «¡Oh!»

Él dijo: «¡Tu padre!»

Ella quedó medio tumbada en el asiento, después de que con mis dos ganchos hice temblar el coche.

Él quedó entre las ruedas, espatarrado y con la mirada fija, como si de pronto se hubiera acordado de que tenía que revisar los amortiguadores.

Me froté los nudillos y miré a la chica.

Ahora, sentada como estaba, tenía la falda muy arriba.

Una barbaridad.

Y si ya me había parecido que estaba muy bien por arriba, de repente comprendí que aún estaba mejor por abajo.

Le hubiera dicho mil barbaridades.

Pero lo único que se me ocurrió fue:

—Siento haberle dado tan fuerte. Pero he tenido la sensación de que ese individuo era capaz de cualquier cosa.

—Está..., está loco por..., por mí.

—Me parece algo muy razonable —murmuré—. ¿Quiere que avise a un guardia para que usted haga la denuncia? No creo que se le ocurra levantar las alas mientras tanto. Ese tío va a estar fuera de combate hasta la próxima paga de Navidad.

—No..., no lo haga. Ya habrá comprendido usted que si estaba en mi coche es porque somos amigos.

—¿Muy amigos? —pregunté, mientras sentía que toda mi piel se erizaba de envidia.

—Más que amigos, somos socios. Tenemos un negocio juntos y habíamos acordado encontrarnos aquí. Él venía desde Filadelfia y yo desde Carson City.

Antes me había fijado de una manera maquinal, en efecto, en que el coche llevaba matrícula de Nevada. Pero ese era un detalle que no tenía importancia para mí. Viniera de donde viniese, la chica estaba bomba.

—Habíamos acordado encontrarnos aquí —siguió ella— para una cuestión de trabajo. Le he dicho mil veces que..., que los negocios nada tienen que ver con los sentimientos. Pero él dale que dale. Quiere que nos casemos. A mí ya me gusta que me besen un poquito, pero de eso a que a una se la co... co... co... coman...

Yo tragué saliva, bruscamente.

De modo que le gustaba que la besaran un poquito...

—¿Sabe una cosa, nena? —susurré—. Creo que se me ha pegado el tartamudeo.

—¿De veras?

—El mismo tartamudeo que a usted. ¿Quiere que co... co... co... comencemos otra vez? Tengo un sistema de beso sacacorchos que quise patentar el año pasado y me dijeron que no podía ser porque pondría en peligro la vida de mi pareja.

A ella no le gustó aquella frase.

Se me puso seria, de pronto.

No sé si era una mujercita de su casa, pero al menos era una mujercita de su coche. No me dejó ni poner la mano en el parabrisas. Hizo un mohín de fastidio y me preguntó si el otro

estaba bajo las ruedas.

Apenas le dije que no, arrancó y me dejó con un palmo de narices y con un fulano fuera de combate al que habían puesto de grasa hasta las narices. Porque el cárter del coche perdía. Lo miré, vi que no tenía nada serio y decidí olvidarme de él. Volví a la casa.

Mientras caminaba, oí otra vez las campanadas del reloj. Las ocho de la noche. Las ocho de la noche en un paraje lleno de sombras, lleno de misterios, cargado de encrucijadas.

Cuando vi las líneas elegantes y estilizadas de la vieja mansión del sur, otra vez sentí algo que ya creía desterrado para siempre.

Sentí miedo...

10

No sé cuánto tiempo estuve dando vueltas en la cama sin poder cerrar los ojos. La luz de la luna entraba a raudales por la ventana y daba a todo aquello un aspecto fantasmal. Me parecía que cada vez que una nube pasaba por delante del disco lunar, la habitación se llenaba de misterios y de sombras.

Al fin comprendí que no podía soportar por más tiempo aquello. Me decidí y salté de la cama para correr las cortinas.

Pero entonces algo atrajo mi atención de una manera casi mágica. Fue el brillo de las aguas del lago. Un brillo tan quieto, tan espectral, tan metálico que me dejó con las manos en el aire y la respiración contenida. Por un momento había tenido la absurda sensación de que aquellas aguas eran de plata.

Corrí las cortinas al fin, pero entonces me di cuenta de que no podría dormir en toda la noche. De modo que encendí un cigarrillo y en ese momento oí las doce campanadas.

Lentas, espectrales.

Como si vinieran de las profundidades de otro inundo.

Y eso que llegaban desde muy lejos, desde la población de Wilbur. Pero su sonido era tan limpio que la distancia parecía no existir.

Aquello acabó de desequilibrarme.

El primer crimen lo habían cometido a las doce en punto. Lo habían cometido justo veinticuatro horas antes. ¿Era el anuncio de otros crímenes? ¿O ya no se repetirían?

Más inquieto cada vez, arrojé el cigarrillo.

Me vestí y salí de la habitación. Necesitaba moverme, necesitaba respirar el aire limpio de la noche. En silencio fui junto al lago y allí encendí un cigarrillo. Las aguas no brillaban ya.

Por el contrario, vistas de cerca, parecían incluso turbias.

Di lentas chupadas mientras tenía los ojos perdidos en el vacío.

Mi sensación de nerviosismo se iba calmando por momentos.

Pero de pronto, algo me llamó la atención. Los cisnes estaban nerviosos. Y no recorrían todo el lago, como solían hacer antes, sino sólo una parte de este. El resto de las aguas era terreno prohibido para ellos. Parecía como si les asustase.

Oí un leve rumor a mi espalda.

Apenas un roce en la hierba.

Me volví.

Nancy estaba allí. Llevaba un jersey ligero y unos shorts, a pesar de que hacía fresquito. Sus piernas largas y esbeltas se mostraban con generosa plenitud. Sus labios gordezuelos también sostenían un cigarrillo.

—Hola, Stirling —dijo—. Veo que tampoco puede dormir.

—¿Es que me ha visto desde su ventana?

—Sí. Estaba intranquila porque me molestaba la luz de la luna.

—Lo mismo que a mí.

—Le he visto venir hacia el lago y he pensado que quizá me calmaría un poco si hablaba con alguien. ¿Tiene fuego?

Me acercó el cigarrillo. Cuando le hube prendido lumbre, dio una chupada y se retiró. Fue una lástima, porque quizá nunca la había tenido tan cerca.

Me miró fijamente.

—Parece preocupado, Stirling.

—No acaba de gustarme este ambiente, ¿sabe? Por cierto, ¿le ha hablado Gordon de mí?

—No, no me ha dicho nada. ¿Qué tenía que decirme?

—Nada, nada... Olvídelo.

Pensé que era mucho mejor así. Gordon no se había ido de la lengua y no le había explicado que yo no pertenecía a la plantilla de policías de Wilbur. Nancy seguía considerándome un polizone, lo que de momento me favorecía.

—Oiga, Stirling, parece algo preocupado —dijo ella.

—¿Por qué había de estarlo?

—No sé... Quizá por lo que ha dicho antes de que esto no le gusta.

—Tampoco voy a quedarme a vivir para siempre aquí... No, no es eso lo que me inquieta. Elle dio otra chupada a su cigarrillo.

—Yo diría que está mirando el lago de una forma rara, Stirling.

Lo mira como si viese un misterio en él.

—No, no veo ningún misterio. Solo que me sorprende un poco ver a los cisnes solo en un lado. ¿Por qué no van por toda el agua? Es esa la costumbre que tienen, ¿no?

—Sí, claro. Y es..., es extraño. Quizá tengan frío.

La muchacha se estremeció.

Hizo algo que me hubiera gustado hacer a mí. Friolera, se pasó las pianos por sus muslos largos y esbeltos.

Y anduvo unos pasos por el borde del lago, mientras sobre ella se proyectaba la luz de la luna. Era tan hermosa, tan dulce, tan deseable... Era como una aparición. Estuve tentado por un momento de pensar algo parecido a esto: «Eres feliz, Stirling. Eres feliz por el solo hecho de estar a solas con una chica tan bonita. Date cuenta de que debes recordar siempre este momento, muchacho. Eres feliz...»

Iba a exaltarme.

Y es que con una chica como Nancy se exaltaba cualquiera, por muy sangre fría que fuese.

Pero de pronto todo aquello cesó.

Cesó cuando ella, de pie junto a mí, me señaló las aguas limpias, casi transparentes del lago, en cuyo fondo se movía un bulto. Un bulto humano.

—¡Mira, Stirling! —gimió—. ¡Mira...!

Vi entonces aquella mano crispada que salía. Vi los dedos, todavía manchados de sangre, surgir como una pesadilla del fondo de las aguas...

11

Al jefecillo Gordon no solo le habían fastidiado el domingo, sino que le estaban fastidiando también la madrugada del lunes. Traía una cara de mala baba tan grande que, cuando pasaba por debajo de un árbol, uno tenía miedo de que fueran a caerse las hojas. Hizo instalar los focos y bramó:

—¡Luces!

Solo entonces permitió que los dos agentes tiraran del cadáver con un bichero. Cuando el gancho se hundió en las ropas, yo ya supe de quién se trataba. La oscuridad no me había permitido reconocerlo antes, pues la claridad lunar lo deformaba todo. Pero ahora los focos me lo mostraron bien. Se trataba de otro de los Forrestal. Se trataba de..., ¡del melenudo!

Gordon lanzó una maldición.

Y se acercó a mí dando saltitos como un gran sapo irritado que hubiera perdido el número de teléfono de su sapo.

—¿Cuándo lo descubrió, Stirling?

—No lo he descubierto yo solo. También lo ha descubierto Nancy.

—Sí, ¿pero cuándo?

—Hará una media hora. En seguida ella ha corrido a avisarle a usted por teléfono.

Gordon hizo crujir los nudillos con un gesto de impotencia. Y contempló el cadáver, que era lo que estábamos haciendo todos. En especial el forense, que acababa de llegar y se frotaba los ojos cargados de sueño.

—Hum... Es raro que tenga las manos manchadas de sangre después de haberse hundido en el agua —murmuró—. Eso significa que no ha estado en el lago demasiado rato.

Examinó más atentamente el cadáver y continuó:

—Le han matado exactamente igual que a la muchacha: con un

golpe de estilete en la sien. Ha sangrado mucho, y la víctima, con un gesto impulsivo, se ha llevado las manos a la herida, tratando de protegerla. Sus dedos se han empapado de sangre.

Y quedó un momento pensativo, como si quisiera resumir sus pensamientos. Pero el que los resumí fui yo, porque ya sabía lo que iba a decir:

—Mientras estaba aún vivo, pero inconsciente —murmuré—, lo han arrastrado hasta el lago. El trayecto no habrá sido demasiado largo, pero si lo suficiente para que la sangre se secase. Al caer al agua y estar tan poco rato en ella, las manchas no se han limpiado. Seguro que dentro de poco, a la luz del día, veremos el sitio exacto en que se cometió el crimen.

Gordon mascullo:

—¿Cuándo le parece que ha sido eso, doctor? ¿A qué hora exacta? El médico consultó su reloj.

—Pues... —murmuró, como si aquella frase no le gustara—, pues... a juzgar por el aspecto de la herida yo diría que... Bueno, no se puede asegurar el minuto exacto, pero yo juraría que... cuando sonaban las campanadas de las doce...

12

Estábamos los dos en un despacho que Gordon tenía muy cerca del depósito de cadáveres. La autopsia acababa de demostrar que, en efecto, el melenudo había muerto a las doce de la noche anterior, minuto más minuto menos. También demostraba que, en efecto, la primera impresión del forense fue exacta: le habían atravesado la sien con un punzón, lo que no le mató en el acto pero le dejó inconsciente. Después de eso lo habían arrastrado hasta el lago, dejándolo hundirse en un sitio donde las aguas eran bastante profundas. Allí se había producido la muerte, mediante lo que el parte del forense decía: «Asfixia por inmersión».

Gordon dio un puñetazo a la mesa.

—¡Maldita sea! —bramó—. ¡Y lo peor es lo que acaban de decirme los cerdos del Servicio de Huellas! ¡Los que hacen un molde en yeso de las marcas de los pies!

—¿Qué le han dicho, Gordon?

—Que sólo están las de la víctima. El asesino no las dejó porque... ¡Porque iba descalzo! ¡Y los pies descalzos no quedan marcados!

No supe por qué, pero me estremecí.

Aquello daba al crimen una cierta originalidad salvaje.

—También necesitó bastante fuerza —dije—. No tanta como en el crimen anterior, pero al fin y al cabo bastante fuerza. ¿Dónde estaba Oscar?

—Aún no ha firmado nada. Lo están interrogando mis hombres.

—Pues no espere que firme nada, Gordon. Conozco a esa clase de tipos. Tienen una especie de cazurrería campesina que los hace invulnerables. Las amenazas resbalan sobre su piel de tortuga. Si no hay pruebas que los aplasten, ellos no sueltan una palabra. Y pruebas aplastantes no las hay en este caso.

Gordon ahogó una maldición.

Sabía lo mismo que yo, pero eso no le hacía feliz, ni mucho menos.

—Mis hombres le apretarán las clavijas —masculló—. Son capaces de invitarle a jugar con ellos un partido de fútbol. Todo dentro de la ley, claro. Y cuando estén jugando el partido de fútbol, van y le arrean tal patada en tal sitio que me lo dejan inútil para el servicio militar. Y yo le juro que el tío canta. Y si no canta así, le hacen un penalti sentándose los once encima. ¡Vamos a oír más ópera que en el Metropolitan, amigo!

Moví la cabeza, negativamente.

—No comparto su optimismo, Gordon. No sacará nada y usted lo sabe. Lo único que puede hacer es pedir ayuda a la policía de Nueva Orleans.

El tío por poco se me sube encima de la mesa y por poco me adorna con la punta de su bolígrafo la oreja izquierda.

—¡Nunca! ¡Eso no lo haré nunca! —bramó—. ¡Está mi prestigio! ¡No voy a pedir nunca auxilio a esos cerdos de Nueva Orleans que se dedican todo el día a perseguir a las negras!

Y escondió, de pronto, una foto que tenía en su escritorio, la foto de una suculenta negra que se estaba poniendo unas medias color plata.

—Usted solo no conseguirá nada, Gordon —susurré—. No tiene medios.

—Lo sé. Y lo peor es que he llegado a creer en algo sobrenatural. La maldición de los indios está de por medio. Yo antes me reía de esas cosas, pero lo que es ahora...

—Por eso le he advertido que no podrá hacer nada, Gordon.

Me apuntó con el dedo.

—Tengo una idea —dijo—. Porque ha de saber que yo también tengo ideas, maldito polizante de Harlem, sucio pesquisa que se dedica a poner en orden las basuras de Manhattan.

No hice caso de sus insultos.

—¿Una idea? —pregunté, mirándole desafiante—. No me diga... Pero suéltela. Así nos reiremos los dos y saltaremos de la silla. Será como si nos hubieran dado masaje en los riñones con un cepillo.

—Más vale que no bromeé tanto. Esos dos asesinatos se han cometido ambos a medianoche, ¿no?

—Exacto.

—Eso parece indicar una cierta manía en el asesino. O también podría ser el efecto de una maldición en la que no quiero creer. Eso de los muertos desenterrados no me gusta.

—Olvédelo. Imaginemos que es manía del asesino.

—Bueno... Si trata de cometer un nuevo crimen se moverá sobre las doce de la noche, ¿no?

—Eso es lo único que está claro.

—También está claro que lo atraparé.

—¿De qué modo?

—Ojo, amigo, ojo.

—¿Ojo? ¿Es que a cada habitante de la casa lo va a tener con guardias de vista durante las veinticuatro horas del día?

—No hará falta.

—¿No? ¿Y cómo va a arreglárselas?

Gordon dijo una sola palabra:

—Televisión.

—¿Qué?

—Un circuito cerrado. Ellos no lo notarán.

—¿Va a instalar un circuito cerrado en esa casa, sin que se den cuenta?

—No es tan difícil. Sólo se trata de instalarlo en las habitaciones donde duerman los Forrestal. Los demás no me preocupan.

—¿Cree que uno de los Forrestal es el asesino? —susurré—. ¡Ya sólo quedan tres! ¡Y yo imaginaba que usted solo sospechaba de esa bestia de Oscar!

—Claro que sospecho de él, pero no puedo vigilarle en exclusiva. Si vigilo a los demás lo hago para protegerles. Evito que salgan de sus habitaciones a la hora crítica.

Nada de aquello me convenía. Hice un gesto de cansancio y pregunté:

—Unos trastos así se notan, amigo. Las cámaras de televisión son de alivio. ¿Cómo se las ingeniará para que no vean el tejemaneje mientras las instalan?

—Les interrogo a todos durante cuatro horas aquí, y dejo la casa vacía. En cuatro horas me la vuelven al revés.

—Pero las cámaras se notarán...

—No, si están instaladas detrás de los espejos que hay en cada habitación, espejos que dejan un amplio hueco a su espalda. Ahora

son de modelo normal, pero puedo cambiarlos. Puedo hacer que sean de esos que transparentan la figura del que se mira en ellos.

—¡Gordon, usted es un cerdo! —grité.

—¿Por qué?

—¡Porque verá a Nancy quitándose la combinación! ¡Y en cuanto ella se entere, le clava una denuncia que lo deja seco! ¡Lo que usted trata de hacer está prohibido por la ley!

Movió negativamente la cabeza.

—También he pensado en eso —me dijo—. No me quiero jugar la carrera por una denuncia de esa clase. Las cámaras funcionarán mediante una orden eléctrica que pondrá en funcionamiento un notario a las doce en punto, y que dejará de provocarse medio minuto después. Por eso no pueden acusarme. ¡Tendré la prueba absoluta de que las cámaras sólo han funcionado medio minuto cada veinticuatro horas! ¿Se da cuenta de lo que pretendo? La persona que a las doce de la noche esté en su cama, no puede ser nunca culpable de lo que a esa hora exacta suceda. Y la que a esa hora entre o salga de su dormitorio... ¡cataclac! No se dará cuenta de nada y ya tendrá las esposas puestas, si yo abrigo la menor sospecha.

Yo encendí pensativamente un cigarrillo.

No podía despreciar el plan de Gordon.

Aunque las leyes norteamericanas son muy estrictas en eso de respetar la intimidad de las personas, nadie podría acusar a Gordon por haber «filtrado» una cámara en un dormitorio durante medio minuto al día. La prueba que se obtuviese no sería considerada ilegal. Pero eso significaba que las cosas tenían que hacerse bien o nos habríamos metido en un callejón sin salida. Una prueba obtenida por medios fraudulentos, es decir ilegales, no sería admitida en los tribunales, y en consecuencia nada se habría obtenido.

—Sólo medio minuto —dije—. Eso es muy importante. Y controlado por un notario para que él lo certifique.

—Esa es mi idea —dijo Gordon—. Y todos seremos ojos y oídos en esa hora crítica.

—Pero una instalación de escucha aquí, en Wilbur, será muy complicada —susurré—. Harán falta cables, controles...

—El lugar de escucha lo instalaremos en los mismos sótanos de

la casa —dijo Gordon—. La instalación resultará muy sencilla y completamente invisible, ya verá. Haré venir de Nueva Orleans a un par de técnicos que son unos verdaderos artistas.

Cabeceé, sintiéndome convencido.

Era un buen sistema.

Siempre y cuando un próximo crimen —si lo había— se cometiera exactamente a las doce. Eso era esencial. Ni antes ni después podríamos intervenir a tiempo. Pero dos asesinatos cometidos a la misma hora nos daban una base suficiente para creer en las coincidencias.

Gordon descolgó el teléfono.

Discó un cierto número de Nueva Orleans, ya que la línea era directa, y se puso en contacto con unos fulanos a los que llamó Armstrong y Jones. Les dijo que a la mañana siguiente, a las nueve, tenían que estar en Wilbur con un camión cargado de materiales. Yo di por descontado que Armstrong y Jones eran los técnicos en televisión que él necesitaba.

Después de colgar, Gordon barbotó:

—Ya está; ahora solo me falta citar a la gente aquí, a la misma hora. Me refiero a todos los habitantes de la casa. Les interrogaré hasta mediodía, y para entonces el pastel ya estará hecho.

—La sincronización de la hora es de la máxima importancia —dije—. Si las cámaras solo van a funcionar medio minuto, resulta esencial que la orden eléctrica se dé a las doce en punto. Necesitamos que no exista ningún margen de error.

Gordon chascó dos dedos.

—También he pensado en eso —dijo—. No necesitaremos mirar nuestros relojes, ya que es casi imposible que dos de ellos estén completamente de acuerdo. Nos guiaremos por una señal exacta e igual para todos, como son las campanadas de la torre de Wilbur.

—Es una buena medida —dije—. ¿Pero qué sistema va a seguir?

—El más sencillo del mundo: cuando terminen de sonar aquí las doce campanadas, el notario de Wilbur da desde su despacho la orden eléctrica, mediante una instalación que montaremos. Y en el momento exacto en que esas doce campanadas terminen, nosotros también darlos conexión en el sótano de la casa. Exactamente medio minuto después, la conexión cesará. Cono las campanadas las oímos todos, no habrá problema.

Asentí.

—De acuerdo, Gordon. Será mejor que prepare ya las órdenes de citación para interrogar a toda esa gente. Hace falta que los técnicos dispongan de tres o cuatro horas como mínimo.

Él miró su reloj, pulsó un timbre y susurró:

—Usted deberá volver a Nueva York, Stirling.

—¿Qué quiere decir? ¿Trata de echarme de aquí? Le advierto que no pienso obedecerle, y que además los jefes de la Metropolitana me amparan por el momento. Ellos conocen mi paradero, pero no se lo piensan explicar a nadie.

—Con sus jefes de la Metropolitana he hablado hace un momento —dijo resignadamente Gordon—. Yo podría buscarle a usted las cosquillas por hacerse pasar por un policía que tiene atribuciones aquí, cuando no las tiene, Stirling, pero de momento no moveré un dedo para perjudicarlo. En cambio sus jefes de Nueva York se han metido en un buen lío por culpa de usted.

—¿Qué clase de lío?

—El doctor Hugues, a quien usted golpeó para huir, ha presentado una denuncia en regla. La policía sabe dónde está usted, y puede incurrir en responsabilidad si no lo dice. Ese es su problema. Pero el problema lo puede resolver usted en unas horas y por eso me han llamado.

—¿De qué modo puedo resolverlo?

—Vuelva a Nueva York, métase de pezuñas en aquella clínica y presente sus excusas a Hugues. Él es una buena persona y retirará la denuncia. De ese modo la policía no tendrá que intervenir. Será simplemente un asunto entre sus jefes y usted.

—Oiga, Gordon, la cosa no es tan sencilla. Yo me largué de allí por las buenas.

—Sus jefes ya han conseguido un parte médico diciendo que está curado. El único obstáculo legal que usted tiene delante suyo es la denuncia de Hugues. Si resuelve eso, no tendrá problemas de ninguna otra clase.

Pulsó de nuevo el timbre y añadió:

—De aquí a Nueva Orleans hay poca distancia en coche. Y desde Nueva Orleans a Nueva York salen aviones continuamente, de modo que usted puede ir, arreglar el asunto y estar de regreso aquí mañana por la mañana. Cuando por la noche pongamos en

funcionamiento el circuito de televisión ya puede estar con nosotros.

Hice un gesto de asentimiento.

El plan era razonable, y sobre todo no podía negarme si me lo pedían mis jefes de Nueva York. Además, no creía que aquella noche pasara nada. Me parecían imposibles tres asesinatos en tres noches seguidas.

La puerta del despacho se abrió. El hombre a quien Gordon había llamado con el timbre, se detuvo en el umbral. Era un tipo con gruesa cazadora de piel y un casco amarillo entre las manos. Parecía a punto de participar en las veinticuatro horas de Le Mans.

—Lleve a este hombre a Nueva Orleans en un patrullero —dijo—, y deposítelo en el aeropuerto, junto al mostrador de la TWA. Una vez allí, Stirling, pregunte por el billete oficial que tiene reservado. La vuelta, si es que quiere volver, se la deberá pagar usted. No es asunto mío.

Le dije que volvería aunque fuese a pie y salí del despacho.

Mientras, a bordo del patrullero, rodábamos hacia Nueva Orleans a una velocidad de vértigo, yo pensaba que los jefes de la brigada se estaban portando bien conmigo. No me habían dejado en la estacada a pesar de que yo les había dejado en la estacada a ellos, al huir, cuando las órdenes eran de permanecer allí, en la clínica. Encendí un cigarrillo y tomé una firme decisión: resolvería lo de Hugues y volvería cuanto antes a Nueva Orleans y a Wilbur. A la noche siguiente quería estar allí.

¿Pero por qué tuve miedo otra vez?

¿Por qué tuve miedo al pensar que iba a entrar de nuevo en aquella clínica?

Era un temor que no tenía sentido.

Miedo a las brujas...

Miedo a entrar en el sitio... ¡dónde había oído por primera vez, la voz de Nancy Forrestal!

13

El viaje a Nueva York fue rápido, pero ya no resultó tan rápido encontrar a Hugues; en la clínica, adonde telefoneé sin dar mi nombre, me dijeron que no entraba de guardia hasta las nueve. En cuanto a su domicilio particular, se negaron muy razonablemente a dármelo si no decía antes quién diablos era yo. Busqué en la guía y vi que Hugues no tenía teléfono a su nombre.

En consecuencia, me iba a ser imposible localizarlo en la multitudinaria Nueva York.

Decidí esperar a las nueve.

Y a las nueve me presenté en la maldita clínica donde había tenido miedo de volverme loco. Regresé al maldito pasillo donde había vivido tanto tiempo. Volví a ver las malditas puertas. Y volví a tropezarme con los malditos ojos de pez de Stanton.

Stanton se alegró al verme. Se alegró tanto que lanzó al aire una especie de carcajada de hiena.

—¿De modo que ya está aquí otra vez, Stirling? Ha vuelto al corral, ¿eh? ¡Espere un momento! ¡Espere un momento y no trate de huir otra vez, porque será inútil! ¡Voy a avisar a la policía!

Descolgó uno de los teléfonos que había en el pasillo.

Eso es; descolgó.

Y yo hice todo lo contrario.

Eso es; colgué.

Lo colgué a él.

Stanton no supo cómo y se encontró balanceándose al extremo de la percha que había en la sala de descanso.

Lo había sujetado al gancho por el cuello de la americana.

—¡Sáqueme de aquí, Stirling, maldito sea! ¡Sáquenle de aquí o aviso a la policía!

—Me parece que tendrá que empezar por avisar a los bomberos, so buitre.

—¡Sáqueme de aquííííí...!

Temí que alborotara la clínica y le descolgué. Pero lo mantuve alzado en vilo, mientras lo sujetaba por las solapas.

—Usted ha acabado su guardia, Stanton. Si le he encontrado aquí, es por pura casualidad. Y ahora déjeme en paz. Con el que quiero hablar es con Hugues. No pienso cometer ningún delito.

No sé si el tío me creyó. Pero lo que sí creyó fue que, si no me dejaba en paz, iba a pasar colgado de la percha las fiestas de Año Nuevo.

—Le dejo, Stirling —susurró—. Todo ha sido un malentendido.

Y se escabulló casi por debajo de la puerta. Se escurrió como se escurre por un sumidero un charquito de agua sucia.

Yo sabía que iba a delatarme al policía que estaba en la puerta.

Pero el policía de la puerta formaba parte del mejunje, de modo que fingiría ponerse a buscarme, pero no me encontraría ni el día de su jubilación.

Seguí por el pasillo. Y encontré a Hugues.

Hugues acababa de entrar de guardia.

Al verme se sujetó la mandíbula, como si temiera que esta se le fuese a escapar.

—No. Stirling —balbució—. Otra vez no, maldita sea.

—No he venido a pegarle, Hugues. Todo lo contrario.

—Entonces ha venido a echarme por la ventana.

—Nada de eso, Hugues, por Dios.

—Dígalo de una vez. Ha venido a pedirme dinero.

—Lo que trato de hacer es pedirle perdón. Fui un cerdo, lo reconozco. No debí pegarle a usted, que es una de las mejores personas que he conocido. ¡Pero estaba tan nervioso, tan deshecho...!

—Humm... Lo curioso es que ha llegado una orden dándole de alta.

—Ya estaba curado cuando le pegué, Hugues. Por eso sentía que estaban cometiendo una injusticia conmigo. ¡No podía más! Pero no sé si sabrá perdonarme.

—Bueno, hombre, bueno... Yo me hago cargo.

—¿Quiere que echemos un trago para celebrarlo?

—¿Para celebrar qué? ¿El mamporro...?

—No, hombre, no. Nuestra amistad...

—Está prohibido empinar el codo en horas de servicio.

Di un codazo a la botella chata de güisqui que yo llevaba previsoriamente en uno de los bolsillos de mi americana.

—Podemos beberla en mi antigua habitación —dije—. ¿Está vacía?

—Sí, aún lo está. No ha pasado tanto tiempo...

—Pues vamos.

Me produjo una sensación deprimente volver a entrar allí, donde tanto había sufrido. Y dónde..., ¡dónde tan inexplicablemente había oído la voz de Nancy! Pero al menos aquel era terreno conocido. Nos sentamos, destapé la botella y gruñí:

—Hum... Veo que aún no han instalado el nuevo lavabo.

—Es un asco. Se han pasado semanas sin conectar las tuberías.

—¿Un trago?

—Venga.

Empinamos el codo los dos.

—¿Otro trago?

—Venga.

Empinamos el codo los dos.

—¿Otro trago?

—Venga.

Empinamos el codo los cuatro. Digo los dos... Bueno, no estoy muy seguro. No me hagan demasiado caso.

Cuando a Hugues lo llamaron con urgencia, ya nos habíamos zampado la botella. Al salir, Hugues me juró que retiraría la denuncia y que juraría a la policía que yo era algo así como su padrino de bodas. Se largó y al cabo de unos instantes oí a la enfermera gritar en el pasillo: «¡No, doctor! ¡Es en esa puerta de al lado! ¡Se está usted metiendo en el armario!».

Me zampé las últimas gotas que quedaron y cerré los ojos. Al fin y al cabo se estaba bien allí, en la confortable butaca, mientras las calles de Nueva York empezaban a ser recorridas por un viento gélido. No sé si me quedé dormido, pero al menos un poco adormilado sí que me quedé. Tenía esa especie de duermevela de que disfrutaban los gatos en invierno. No sé tampoco cuánto tiempo pasó.

Y entonces..., ¡entonces oí otra vez la voz! ¡Oí de nuevo la voz de Nancy!

14

«El reino de los muertos... Todo aquello era el reino de los muertos... Yo lo sabía... Sabía que acababa de entrar en él... Las luces espectrales del reino de los muertos...»

Sentí que se me helaba la sangre en las venas. Sentí que todas aquellas ráfagas heladas de las calles de Nueva York se metían dentro de mi cuerpo. ¡Estaba seguro! ¡Era la voz de Nancy!

¡Otra vez!

Pero así como antes las palabras tenían una ilación y las frases seguían en buen orden, unas a otras, ahora aparecían desordenadas, inconexas... Eran como frases sueltas. Eran esas frases sin sentido que uno escucha en los sueños. Sin embargo ahora no estaba soñando, sino sumido en una especie de duermevela que no me impedía darme cuenta de las cosas.

Abrí los ojos de pronto.

Estaba solo en la habitación.

Solo bajo la luz compacta, la luz metálica que descendía del techo.

¡Y sin embargo la voz seguía sonando!

¡Yo la escuchaba tan claramente como el compás de mi propia respiración!

¡No dormía!

La puerta se abrió, entonces.

La figura del doctor Hugues se recortó en el umbral.

Ya no estaba medio bebido.

Al contrario, se le veía sereno. Y escuchó aquello asombrado, sin acertar a comprender.

—Oiga, Stirling —masculló—. ¿Con quién habla?

—¡Eso quisiera saber yo, demonios! ¡Yo no hablo con nadie, pero oigo esa voz! ¡Y usted también! ¡Ninguno de los dos estamos borrachos ni dormidos!

Hugues miraba desorientado en torno suyo.

Y de pronto lo comprendí.

¡Infiernos! ¿Cómo no me había dado cuenta antes?

¡Las tuberías!

¡Las tuberías del lavabo que aún no estaba instalado comunicaban con la planta baja o quizá con los mismos sótanos!

¡Por allí llegaba la voz!

—Hugues —susurré—, eso que usted oye era una de las cosas que me volvían loco. Pero ahora me doy cuenta de que todo tiene una base real. ¿Dónde terminan esas tuberías?

—En los sótanos. Ahora me doy cuenta de lo que quiere decir... Sí... En los sótanos también están instalando lavabos nuevos y los correspondientes desagües. Las tuberías están sin terminar en aquel extremo y en este. Por tanto hacen de tubo acústico.

Me levanté de un salto.

—Vanos allá —barboté.

Al menos entendía por dónde había llegado la voz. Ahora sólo me faltaba conocer su origen. ¡Porque la voz era la de Nancy! ¡De eso estaba seguro! ¡Y ella no podía haberse encontrado en dos sitios al mismo tiempo!

Me dejé guiar por Hugues hasta los sótanos, porque él conocía el edificio mucho mejor que yo. Y allí nos encontrarlos en una inmensa sala, donde, en efecto, había varios lavabos por instalar. Pero no eran exactamente lavabos, sino fregaderos para objetos de laboratorio. Porque allí, efectivamente, se encontraban los laboratorios de la clínica, así como la oficina de control de datos.

No, no hay que asustarse.

Con ese nombre tan científico, se designaban los archivos con las fichas de los pacientes y las cintas magnetofónicas donde estaban grabadas las confesiones de los mismos. Porque a los drogadictos se les hacen grabar sus experiencias como un medio para curarlos. Y además aquella clínica no solo acogía a aficionados a las drogas, sino también a trastornados mentales, a personas desesperadas o inquietas, a posibles suicidas, a toda esa fauna de medio locos que pululan por las ciudades y que necesitan tratamiento médico.

La voz de Nancy estaba recogida en un *casette*.

Dos médicos la estaban escuchando muy atentamente, casi junto a la tubería cortada cuyo otro extremo llegaba a mi habitación.

Hacían retroceder y avanzar la cinta a saltos, lo cual era el origen de las frases inconexas que yo había oído poco antes.

Puse la zarpa encima del aparato transmisor.

Lo desconecté.

Los dos tipos me miraron con asombro y con miedo, como si yo fuera el amo de la clínica y les hubiera pillado leyendo una revista pornográfica.

Uno de ellos susurró:

—¿Quién es usted? ¿Qué quiere?

—Soy miembro de la policía —mentí a medias—. Quiero saber a quién pertenece esta voz.

—Aquí está escrito, encima del *casette*. Pertenece a una mujer llamada Nancy Forrestal.

Nancy... De modo que no me había equivocado.

—La escuchamos con frecuencia —añadió otro de los médicos—. Es un caso clínico que nos desconcierta.

—¿Un caso clínico? ¿Es que Nancy Forrestal estuvo aquí?

—Claro que estuvo. Vino porque quería que la curáramos. Decía que había estado en el reino de los muertos, ¿sabe? Era un caso raro, pero no tan raro como parece. Hay quien se descuelga por aquí diciendo que ha pasado el fin de semana en el infierno y que le ha ganado diez dólares al póquer al mismísimo diablo. Maniáticos hay muchos. Pero lo de esa mujer era distinto, porque sufría horriblemente. Grabamos su voz, como es costumbre, mientras explicaba el caso. Así podemos estudiarlo luego las veces que haga falta. Le dimos unos calmantes y volvió un par de veces más. Pero luego se largó... Por medio de un cheque, recibimos el importe de la cuenta de la clínica. Aún lo recuerdo. El cheque era contra un banco de Nueva Orleans.

Apreté los labios.

Todo coincidía, pero ahora tenía un dato nuevo: la pobre Nancy no mentía. Ella creía haber entrado de verdad en el reino de los muertos. La primera vez que fue a la casa de sus antepasados, se asustó tanto que volvió a Nueva York y se sometió a un breve tratamiento médico que no tuvo fuerzas para continuar. La muchacha había pasado por una terrible pesadilla que, para ella, aún duraba.

Hice un gesto de disculpa.

—Les ruego que me perdonen —murmuré—. Ahora me explico muchas cosas que antes no me explicaba, ¿saben? Pueden seguir con su trabajo.

Salí de allí.

Mis hombros se doblaban con un gesto de impotencia.

El hecho de que hubiera aclarado el «misterio» de la llegada de la voz de Nancy, no borraba el otro misterio: ¿existía el reino de los muertos? ¿Nancy y yo habíamos entrado realmente en él?

Hugues me dio un codazo.

—Oiga, amigo —farfulló—, me he dado cuenta de una cosa. Le tengo en mis manos.

—¿Qué dice?

—No retiro la denuncia si no se larga ahora mismo y vuelve con otra botella...

15

A la mañana siguiente ya estaba en Nueva Orleans otra vez. Aquella especie de astronauta del chaquetón de piel y el casco amarillo ya me esperaba en el aeropuerto con su patrullero revientamillas. Gordon podía ser un sucio servidor de los caciques del sur, pero se preocupaba por mí, de eso no cabía duda.

El patrullero me llevó, no directamente a Wilbur, sino a una calle del delicioso barrio francés de Nueva Orleans.

Ya ha oído usted hablar de él.

Calles con sabor antiguo, deliciosos patios donde hay instalados restaurantes de la vieja Europa, salas de jazz y habitaciones discretas por cuyas puertas asoma de vez en cuando la silueta de una mujer despampanante. De una de aquellas casas salió Gordon.

El muy buitre no iba de uniforme, sino de paisano. Aún olía a perfume. Y aún venía arreglándose el nudo de la corbata.

Yo no hice caso de aquello. Encendí un cigarrillo y pregunté:

—¿Ha habido alguna novedad, Gordon? ¿Ha podido instalar las cántaras?

—Sí, claro que sí.

—¿Sospechan algo?

—¿Qué van a sospechar? Todos estaban en mi despacho, siendo interrogados, mientras los técnicos maniobran.

—Supongo que empezará a funcionar todo esta noche, ¿no?

—Por supuesto. A las doce en punto, medidas con las campanas de la torre de Wilbur.

—¿Qué ha dicho el notario?

—Se ha quejado de que le hagamos trabajar a esa hora, mas para eso está, ¿no? Si hay que dar testimonio de una cosa a la hora que sea, tiene que hacerlo. Y además cobrará sus buenos dólares, el muy bestia. La policía tendrá que pagárselos.

—¿Funcionan los canales? ¿Han hecho alguna prueba?

—Sí. Hemos hecho una prueba y funcionaban perfectamente. Con una nitidez asombrosa. Mire lo que han recogido las cámaras en los cinco minutos de prueba. Hemos podido fotografiarlo. Y me puso en las manos dos grandes ampliaciones fotográficas, donde se veía, con una claridad impresionante, el dormitorio de Nancy. Y en el dormitorio se veía a la chica. Y la chica estaba sacándose un vestido por la cabeza. Todo lo de abajo era... Bueno, lo diré: Era..., era..., era... Bueno, no lo diré. Lo siento, amigo.

—Es usted un cerdo, Gordon —mascullé.

Gordon no se ofendió.

—Ande, quédeselas si quiere, hombre —dijo socarronamente.

Yo estuve dudando, pero al final no se las devolví.

Pillo que es uno.

Gordon se puso un cigarro entre los dientes y masculló:

—Yo seré un cerdo, amigo, pero usted es un cerdito... ¡Chúpese esa!

No mirábamos nuestros relojes.

Desde quince minutos antes los ignorábamos premeditadamente, porque podían inducirnos a confusión. La señal única, la señal fija, que eran las campanadas de la torre de Wilbur, llegará a nosotros perfectamente. Y sabíamos que ya faltaba muy poco.

Casi conteníamos la respiración.

Encerrados en el sótano, los cuatro sudábamos.

Aparte de Gordon y yo mismo, había un tirador de primera que intervendría en caso necesario y un fotógrafo que tomaría placas, también en caso necesario. Las placas podrían ser esenciales en caso de tener que llevarlas ante un juez.

La única duda era si habría bastante luz en las habitaciones, para captar las imágenes. Pero usted ya sabe que las cámaras de televisión suelen ser más sensibles que el ojo humano.

Y no se trataba de ver las cosas con detalle, sino de reconocer a las personas. Nos basta con ver los bultos de las mismas.

Gordon farfulló:

—Tiene que ser ahora...

En efecto, oímos las doce campanadas.

Una ventana abierta del sótano nos lo permitía. Esperamos ansiosamente a que diera la última. Yo tenía la mano apoyada en la palanca que daría la conexión. Y en el momento de sonar la última

campanada, apreté.

Lo que vimos fue muy raro.

Como un parpadeo.

Bruscamente, aparecieron en la pantalla triple las tres habitaciones en que había objetivos; la de Oscar, la de Nancy y la de la niña. Los tres habían sido obligados a dormir en la casa para así vigilarlos mejor.

La visión fue bastante clara.

Pero no duró nada. No pudimos ver ni los muebles. De pronto, ¡zas!, las pantallas quedaron a oscuras.

Acababa de terminar la conexión.

¿Quién había hablado de treinta segundos?

¡Ni cinco!

¡Había sido como un flash, flash que no nos servía para enterarnos de nada!

Gordon hizo con las manos un gesto rabioso, como si fuera a estrangular a alguien.

—¡Ese notario! —barbotó—. ¡Ese notario hijo de perra! ¡Les juro que me lo cargo!

—¿Pero qué ha sucedido?

—¿Y qué va a suceder? ¡Que ha cortado la conexión! ¡Que no ha esperado los treinta segundos! ¡No hemos visto nada!

—Puede ser una avería —dije.

—¿Una avería? ¡El que está averiado es él! ¡Espere! ¡Yo a ese tío lo hago papilla!

Salió haciendo ruido, y yo le recomendé calma porque no convenía que los de la casa se enteraran de que estábamos allí. Hacía falta tener prudencia.

De todos modos no parecía haberse cometido ningún nuevo crimen. La casa estaba en calma y no se oía un susurro. Atravesamos el parque medio agazapados y nos metimos en el coche patrullero que estaba tras unos arbustos. Pero para encontrar las llaves hubo que perseguir al chófer —el astronauta del casco amarillo—, que a su vez estaba persiguiendo, entre los matorrales, a una chica.

Gordon fue a sacudirle, pero le dio en el casco.

Con los nudillos medio rotos, estuvo acordándose de todos sus antepasados hasta que llegamos a Wilbur. Entonces fue en busca del

notario.

El notario estaba metido en el bar de la telefonista. En el bar de la chica con medias negras.

Gordon lo sacó casi a rastras.

Pero, mientras lo arrastraba, no hacía más que mirar las piernas de la chica. Y por poco salen por el escaparate los dos.

Cuando lo tuvo fuera, empezó a zarandearle. Le dijo todo lo que sabe decir un bondadoso y honesto policía del sur. Se acordó de su padre. Dijo no sé qué acerca de los amigos de su madre. Le preguntó por los siete camioneros que le habían puesto un pisito a su hermana. Y sólo cuando el notario dijo que tomaba nota de todo aquello y que lo repetiría ante un tribunal, empezó a calmarse el buenazo de Gordon.

Si alguna virtud tenía Gordon, era que nunca decía una frase que pudiera molestar a alguien. Palabra. El notario se secó las partículas de saliva que le habían saltado a la cara.

—¡Le aseguro que he esperado los treinta segundos! —masculló—. ¡Medidos con un cronómetro de competición! ¡Y usted a mí no me chilla...!

—¡Qué cronómetro ni qué cuernos! ¡Lo que le pasaba a usted era que estaba mirando las piernas de la vecina!

—¡Estaba yo solo! ¡Y le juro que he contado bien!

Gordon se declaró impotente. No había razón para creer que el notario fuese tonto. Y mucho menos que mintiera. Le pareció que sólo había una explicación razonable.

—Una avería —masculló—. ¡Eso tiene que ser! ¡Una avería en un circuito que no ha sido debidamente comprobado! ¡Y aquellos dos cerdos de Nueva Orleans diciéndome que hasta podría ver a Nancy a través de las sábanas! ¡Ahora mismo voy a Nueva Orleans y me los cargo! ¡Los saco de la cama y los hago papilla!

—Hay averías que no pueden preverse —dije—. Las emisoras están llenas de técnicos y también les pasa.

—Es que los técnicos de las emisoras son unos gandules. No pasa como con los policías, que trabajamos día y noche y encima hemos de tragarnos lo que tenemos en la boca. ¡No podemos decir nada! ¡Malditos vagos! ¡Cerdos! ¡Inútiles! ¡Gorriones! ¡Hijos de un sapo tuerto! ¡Ma..., ma..., ma..., bueno, he estado a punto de decir una barbaridad!

—Barbaridades ya ha dicho bastantes, Gordon. Como ejemplo de policía que tiene que callarse, no lo hace usted mal. Y como la cosa no tiene remedio, más vale que avise a esos hombres para mañana. Pueden repasar la instalación.

—¡Claro que les avisaré! ¡Y a la hora de cobrar, que se vayan a ver al presidente de Estados Unidos!

Hizo un gesto.

—Bueno, volvamos a Wilbur. Hay que dar un repaso por allí. ¿Pero dónde cuerno está el chófer?

Al chófer lo encontramos tumbado en el bar.

Fingía haberse desmayado, y la chica de las medias negras, muy asustada, le daba masaje en la cara.

El muy cafre sólo tenía abierto un ojo.

Pero ya bastaba.

¡Menudo lote!

Gordon dudó entre dos cosas: entre desmayarse también él o entre llevarse a aquel tío a la funeraria, con casco amarillo y todo. Al fin optó por el término medio. Bondadoso como siempre, dejó caer un fósforo encendido entre los labios del policía.

Yo creo que el del casco amarillo aún está corriendo.

Pero, por mi parte, no corrí.

Se estaba muy bien allí, en la tibia soledad del bar, junto a la chica de las piernas mórbidas.

—¿Es que no cierras nunca? —murmuré.

Ella no parecía muy ofendida por la barbaridad que le dije, la última vez que nos vimos. Me sonrió con una sonrisa más bien cansada y musitó:

—Es que el servicio de la centralita dura hasta la una de la madrugada. ¿Qué va a tomar, señor?

Yo la hubiera tomado a ella dentro de una copa.

Pero me aguanté.

—Un gin-tonic —dije—. Y con mucha ginebra.

Me sentía bien allí. El tocadiscos desgranaba una suave música. Hasta la luz era tibia. ¡Y la muchacha, aun no queriendo provocar, se movía con tanta gracia! ¿Quién se acordaba, en esa hora caliente del sur, del condenado mundo de los muertos?

16

Durante el día estuve viviendo en Wilbur y no me acerqué para nada a la elegante mansión de Nancy. Me hubiera gustado hablar con ella, pero Gordon opinó que era mejor que no nos acercásemos por allí. Había que dar al asesino sensación de confianza. El único modo de cazarle consistía en dejarle un poco de cuerda.

No le faltaba la razón.

De modo que durante aquel día me dediqué a pensar y a dar cien vueltas a aquel asunto, mientras Gordon y sus hombres interrogaban otra vez a todo el inundo en Wilbur, a fin de dejar vacía la casa y que los dos técnicos de televisión pudieran repasar las instalaciones.

Los dos dijeron que lo habían encontrado todo bien.

Pero que un fallo circunstancial podía producirse. Eso debía haber pasado la noche anterior.

Debían ser las once cuando volvimos allí con el mayor secreto. Por el camino, Gordon me explicó que una de las razones del fallo de la noche anterior podía deberse al notario, el cual era algo sordo. Y como el despacho donde estaba instalada la conexión eléctrica se hallaba junto a la carretera general, era muy posible que el paso de los camiones le hubiese impedido oír bien. Por lo tanto había ideado un sistema más cómodo.

—Como la emisora local da las doce campanadas —me siguió explicando—, le he hecho encerrarse en el despacho con la radio puesta. Tendrá las ventanas cerradas y no oirá nada del exterior. Las campanadas tampoco, claro, pero en cambio oirá perfectamente las que dé la radio. Y así no tendremos fallo humano.

Me pareció una buena solución.

La verdad era que todo aquel asunto de las cámaras de televisión no acababa de gustarme y por tanto no pensaba demasiado en él. Pero era Gordon el que llevaba las investigaciones, no yo. De modo

que había que aceptar sus ideas.

Cuando todos se encerraron en el sótano, yo no quise esperar allí dentro hasta la medianoche. Por lo tanto, di un largo paseo por el prado, procurando que no me vieran desde la casa, y dejándome bañar por la luz de la luna que se filtraba entre los árboles. He de confesar que todo tenía allí un aire irreal, casi macabro. He de confesar que aquellos rincones maravillosos del sur me parecían más que nunca el reino de los muertos.

Y de pronto entré en el mundo de los vivos.

Mejor dicho, de las vivas.

Ya me había ocurrido una vez. Fue cuando al atravesar la puerta semisecreta del armario, viniendo de la cántara de las momias, me encontré con las piernas subyugadoras de Nancy.

Ahora también me encontré con unas piernas.

Y pensé: A estas las conozco yo de algo.

Ya saben ustedes lo que es eso. Puede que uno no se acuerde de una cara, pero lo que es de unas piernas... Je, je...

La chica estaba sentada al pie de un árbol.

Parecía bastante desanimada.

Algo más allá había un coche con los faros apagados.

El coche también lo reconocí.

Y a la chica, desde luego. Porque era la misma a la que había salvado en el parque de Wilbur, arrancándola de los colmillos del vampiro aficionado a los besos sacacorchos.

Cuando ella me vio, sus facciones se alteraron y una suave sonrisa empezó a asomar a su rostro. Pero la muy condenada no se tapó las piernas, que la luz de la luna alumbraban como en un escenario.

—¿Qué hace usted aquí? —murmuré—. Creí que ya se había ido de Wilbur.

—¿Y usted? ¿Qué hace aquí? ¿Es el dueño de esta casa?

Me pareció que la pregunta la hacía con un tono de esperanza.

—Siento desilusionarle —murmuré—, pero de dueño no tengo nada. La propietaria, desde hace muy pocos días, es la señorita Nancy Forrestal. Y ahora, ¿va a decirme qué hace aquí? ¿Cómo ha llegado hasta este parque con su coche matrícula de Nevada?

—Precisamente trato de hablar con la señorita Nancy Forrestal —dijo.

—¿De qué?

—¡Oh!, sólo de negocios.

—¿A estas horas?

—No, a estas horas, no. He tratado de hablarle hacia las siete. Me ha parecido una hora correcta.

—¿Y ella no la ha atendido?

—Me ha echado con cajas destempladas. No quiere hablar de negocios. Y me ha prohibido que volviera por aquí.

—Está algo nerviosa —dije—. Debe comprenderlo. En esta casa se han cometido dos crímenes.

—De acuerdo, pero no los he cometido yo. Y no ve venido desde Nevada para que no quieran ni oírme.

Me senté junto al tronco del árbol frontero.

Así veía sus piernas mejor.

¡Infiernos, que panorama!

Pero tenía cosas más graves en qué pensar, de modo que susurré:

—¿Va a esperar aquí, toda la noche?

—No, pero tengo tanto interés en hablar con Nancy Forrestal que no me ha importado quedarme aquí. ¿Sabe lo que pienso? Que quizá ella dará un paseo a medianoche.

—¿Y entonces podrá abordarla?

—Sí, eso es lo que pienso.

—Entonces voy a darle un consejo, nena. Por cierto, aún no sé su nombre.

—Me llamo Ingrid. ¿Cuál es el consejo?

—Se han cometido dos crímenes, aquí, se lo repito, y cualquier persona a la que vean merodear es sospechosa. Por lo tanto le aconsejo que se largue. Por cierto, ¿qué ha sido de su amigoito?

—¿Qué amigoito?

—Su socio. El que besaba como una aspiradora.

—Ah, se refiere a Mich... También él está aquí. Los dos nos hemos reunido en Wilbur con el mismo objeto. Es un negocio de millones, ¿sabe?

—¿De millones?

—Bueno, puede serlo...

—Nena —le dije—, tú no estás pasada de moda, pero tu coche sí. Es un cacharro de hace años. No creo que se te vean los millones por ninguna parte.

—Ya he dicho que depende.

—¿Qué pretendéis? ¿Comprar esta casa?

—No. Y no me hagas más preguntas porque no pienso contestarte.

Me encogí de hombros.

—Bueno, pero a todo esto, ¿tu amiguito dónde está?

—No sé... Corre por ahí...

—¿A medianoche?

—Sí, a medianoche. Las tinieblas le gustan.

Sentí que una lucecita se encendía en mi interior.

Una lucecita roja de alarma. Una lucecita que hacía «tilín tilín» como las de los coches patrulleros de la policía. Y como las de las ambulancias que llevan a los que van a morir.

Barboté:

—Me gustaría saber dónde está tu amiguito ahora, nena.

—¿Para qué? ¿Para partirle la cara otra vez?

—Quizá no. Quizá sólo para hablar con él.

Se puso en pie y se alisó la falda. Mis miradas ansiosas a sus extremidades no parecían haberle producido el menor efecto. Consultó su reloj e hizo un gesto de cansancio.

—Ya no conseguiré nada —musitó—. Faltan cinco minutos para las doce.

Aquello fue la segunda señal de alarma, para mí. Consulté también mi reloj y vi que ella tenía razón. Si quería estar junto a las pantallas de los televisores a medianoche, tenía que darme prisa.

—Perdona que insista —dije—, pero es mejor que te vayas. De todos modos, si mañana sigues en Wilbur, trataré de concertarte una entrevista con Nancy Forrestal.

—¿Tiene influencia?

—A ratos.

—No sabes cuánto te lo agradecería. Sería maravilloso que pudieras conseguirlo. Yo haría por ti lo..., lo..., lo que fuera.

Y me demostró qué era lo que podía hacer.

Me dio algo así como un anticipo.

Entreabrió sus labios y se acercó a mí.

Yo me sentí vampiro. Me sentí aspiradora. Me sentí máquina de succionar. Me sentí tragaperras. Todo lo que ustedes quieran antes de apartarme de aquel monumento palpitante que respondía con

besos a los besos. Podíamos haber estado así hasta que pasase el expreso de Ottawa, que creo que pasaba una vez cada dos días.

Pero la lucecita de alarma volvió a encenderse en mi interior.

¡Cuerno!

¡Ya sólo era cuestión de segundos!

—Tengo que dejarte —murmuré—. Abur, chata. Mañana nos encontraremos en este mismo sitio. Trae algún reconstituyente porque lo vamos a necesitar los dos.

Y salí corriendo.

Cuando entré en el sótano, ya se oía la primera campanada. Todos estaban expectantes. Esta vez el equipo de televisores no podía fallar. Yo contuve también la respiración.

—Nueve... Diez... Once... ¡DOCE!

¡Chask!

Gordon mismo dio la conexión. Y las pantallas transistorizadas se iluminaron al instante, descubriendo la intimidad de los tres dormitorios a la vez. Nuestros ojos ansiosos, los recorrieron.

Había la suficiente luz.

La primera persona a la que vimos fue a Linda, metida en su cama. La niña dormía plácidamente. Ya dábamos por descontado que ella no podía ser la asesina, de modo que apenas nos fijamos.

Luego estaba el bestia de Oscar Forrestal.

Oscar Forrestal no se había acostado aún. Con una lámpara encendida, hacía gimnasia, dándonos la espalda. Y cada vez que se tocaba los pies con las puntas de los dedos, nos enseñaba el pompis.

Gordon masculló:

—¡Buaaaah! ¡Lástima de flecha bien clavada ahí en medio!

Luego, nuestros ojos ansiosos fueron hacia la tercera pantalla.

El dormitorio de Nancy. Ella tampoco dormía. ¡La muy zorra!

¡Ni que lo hubiera adivinado!

¡Ante el tocador, se estaba dando masaje en las piernas!

Gordon susurró:

—Cuerno...

Y yo:

—Cuerno...

Y el policía:

—Cuerno...

—¡Basta! —gritó Gordon—. ¡Les prohíbo que hablen de mi

padre!

—Hombre, no hay que ponerse así...

En aquel momento, las pantallas se oscurecieron.

El notario, desde Wilbur, acababa de cerrar la conexión.

Ninguno de nosotros se preocupó de si había transcurrido medio minuto o no. En todo caso, ya habíamos visto bastante.

Gordon lanzó un suspiro.

—No se ha cometido ningún crimen —dijo—. Menos mal...

—Es que usted da por supuesto que el asesino es uno de los Forrestal, aunque no veo en qué les beneficia matarse unos a otros —dijo el policía, tirador de primera—. Pero el asesino puede ser otro. O puede ser verdad lo que la gente dice en Wilbur: lo de la maldición de los indios seminolas.

—La maldición, la maldición... —barbotó Gordon—. ¡Vete a la porra, muchacho...! ¡La única maldición que yo sé es la de tener que estar aquí a estas horas, en lugar de perseguir a la telefonista de Wilbur!

—La telefonista de Wilbur es una buena chica —dije—. No se meta con ella.

—¡Bah!

Salimos los tres.

La luz de la luna pareció calmar a Gordon. Anduvimos sobre la mullida hierba procurando que no se nos viese. El jefe de la policía de Wilbur murmuró:

—Lo que decía... No se ha cometido ningún crimen. Al fin y al cabo las cosas se irán arreglando...

Y de pronto se detuvo.

Con una pata en el aire.

Como un perro cazador de los que se quedan de muestra.

Porque la luz de la luna acababa de iluminarla perfectamente. Aquella mancha de sangre...

17

La mancha de sangre estaba claramente impresa en la hierba, y no era la única. Se formaba un verdadero reguero hasta la esquina de la casa. Creo que los tres lanzamos al unísono una maldición. Y creo que los tres corrimos como liebres hasta aquella esquina.

Pero alguien tropezó casi con nosotros.

Era el policía del casco amarillo. Era aquella especie de hombre robot. Llevaba la pistola reglamentaria en la mano y parecía tan asustado como si los del Vietcong le persiguieron con un retrato de su suegra.

Gordon barbotó:

—¿Pero qué pasa...?

—Oiga, jefe...

—¡Habla de una vez, maldito! ¡Claro que oigo!

—Antes, alguien ha chillado aquí. Ha sido muy breve.

—¿Dónde estabas?

—En el coche. Lo tenía oculto detrás de los árboles como usted me ha dicho. Nadie me veía.

—¿Y qué hora era?

—Exactamente las doce.

—¿Exactamente? ¿Cómo lo sabes con tanta seguridad?

—Porque oía en la radio del patrullero el programa de la emisora local. Han conectado, como de costumbre. Justo al sonar la última campanada he oído ese grito.

Me estremecí.

¡Las doce!

¡Se había cometido otro crimen! ¡Y también a medianoche!
¡Justo a medianoche! ¡Un crimen diabólico, como los otros!

Todos pensábamos lo mismo.

Nos mirábamos más blancos que muertos.

Al fin Gordon susurró:

—No..., no puedo creerlo. Los tres estaban en sus habitaciones... Sobre todo Oscar...

—Es que Oscar no es el asesino —barboté. Gordon me miró con curiosidad.

—¿No? ¿Entonces, quién...?

—Un tipo al que aticé en un parque de Wilbur. Un fulano que está a veces en un coche con matrícula de Nevada. ¡Ese es el asesino! ¡Venga!

Estaba seguro de que aún lo encontraríamos por allí. Seguro de que era él.

Rodeamos, a galope, la esquina de la casa.

Y entonces tuve una de las sorpresas más violentas, más brutales de mi vida.

Porque, en efecto, el tipo estaba allí.

Pero no era el asesino, sino la víctima.

Se había arrastrado hasta el muro de la casa para morir como un perro.

Lo habían degollado.

Sus ojos desorbitados, aún parecían mirar al vacío.

Y estaba apenas a diez pasos de..., ¡de la cámara de las momias!

Gordon mismo necesitó apoyarse en la pared.

Y con voz entrecortada balbució:

—Deténgalo, Stirling. Si ese es su asesino, deténgalo de una vez.

No supe qué contestar.

Menos mal que el tío del casco amarillo me dio un codazo para recomendarme calma, porque de lo contrario yo creo que me hubiera puesto a gritar como un loco.

18

Las próximas horas, los próximos días iban a ser para mí una orgía de sangre, pero yo no lo sabía aún. Yo flotaba por las calles como un borracho. Yo era como mi propia sombra. Notaba la luz del sol en la cara y me parecía mentira. Aún creía oír, resonando una y otra vez, la voz del forense:

—Lo han degollado de un solo tajo. Todo rapidísimo... El sistema empleado no es el de las otras dos veces, pero por las características del golpe yo diría que la mano asesina es la misma...

Y aún resonaban también las palabras del técnico en huellas:

—... Nada. Están marcados los zapatos de la víctima, pero no los del asesino. Este iba descalzo y es muy ágil. Se puede decir que apenas rozó la hierba.

Todo aquello me trastornaba.

Me metí de cabeza en el bar de la telefonista.

Puede decirse que aterricé de cabeza en la barra.

Pero ella no se sorprendió. Era una chica muy comprensiva. Me miró con indulgencia y preguntó:

—¿Qué va a tomar, señor?

—Creo que... necesitaré un güisqui triple.

—No parece muy feliz, ¿verdad? Y la gente habla de que se ha cometido otro crimen.

—Sí, es verdad —susurré—. Se ha cometido otro crimen.

—Van a venir periodistas de Nueva Orleans y de todas partes. Se ha corrido la voz. Ya verá cómo Wilbur va a convertirse en uno de los puntos más importantes de Estados Unidos.

—Y eso será bueno para el turismo —dije—. Y habrá embotellamiento de tráfico. Lo que nos faltaba.

Me sirvió el güisqui triple.

Ahora ya no llevaba la faldita corta y las medias negras.

Ahora se había puesto unos pantalones.

Lástima.

Pero hasta una mujer con pantalones me gusta si lo que hay dentro vale la pena.

—Tal vez debieran creer en las momias —susurró ella—. Buscan asesinos en el suelo y quizá están en el aire...

—Más vale que no desvariemos, nena —susurré—. Todo tiene una explicación racional.

—¿Esto también?

La verdad era que yo ya no estaba seguro de nada.

Se había aclarado lo de la voz misteriosa de Nancy llegando hasta la clínica de Nueva York. ¿Pero y lo otro? ¿Quién podía matar? ¿Quién asestaba sus misteriosos golpes en la noche? ¿Quién, si no era ninguno de los Forrestal?

La chica musitó:

—Perdone, señor. Le he molestado con mis palabras.

—No, no me has molestado, preciosa. ¿Cómo te llamas?

—Nora.

—Quizá algún día, Nora, en lugar de pedirte un güisqui triple, te pida una docena de besos. Ojalá vuelva a llegar el día en que pueda fijarme de verdad en una mujer.

Ella no se ofendió esta vez. Solo dijo:

—La docena de besos no figura en la nota de precios. Léala. Está junto a la puerta.

Hice un gesto de fastidio. Bastante me importaba a mí la nota de precios.

Pero cuando me hube bebido a galope el güisqui triple, ya no encontré la salida del bar. Me equivoqué y me metí en el cuarto donde estaba la centralita telefónica.

A un tío que pedía una conferencia con Niágara Falls, le envié a tomar viento a las llanuras de Kansas.

Era verdad que estaban llegando periodistas de todas partes. Habían tomado por asalto el hotel de la localidad e intentaban acercarse a la vieja casa del sur, empleando toda clase de procedimientos. Pero Gordon, que al fin y al cabo seguía siendo el jefe de la policía local, había acordonado la zona y no les permitía meter las narices en ninguna parte. Los periodistas estaban desesperados y hablaban de excavar una mina hasta el subsuelo de la casa.

La policía de Nueva Orleans también había ofrecido ayuda a Gordon por entender que el caso desbordaba las posibilidades de este.

Pero Gordon había tomado la oferta como un insulto personal. Le oí decir al jefe de la capital que aquello estaba chupado y que él lo resolvía en diez horas. El jefe de la capital le dijo que el chupado era su padre. Se obsequiaron con unas cuantas lindezas más —ellos siempre tan finos—, y al final la cosa quedó en nada.

Pero Gordon sabía que acabarían enviándole a los sabuesos de Nueva Orleans aunque él no los pidiera. Era cuestión de un día o dos. Y en un día o dos él se había comprometido a resolver aquel asunto o a presentar su dimisión.

Por la tarde me enseñó un periódico. Del crimen se hablaba ya en primera página. Y los titulares decían: «Sangre en la mansión de las momias».

Para empezar, no estaba mal.

Veríamos lo que decían dentro de una semana.

—Hemos de resolverlo de una vez —me explicó—. Estoy seguro de que se cometerán más crímenes.

—Yo también, pero ¿quién va a cometerlos? ¿Dónde está el culpable?

—No me va a decir que usted también ha empezado a creer en las momias —gruñó Gordon.

—Ya no sé qué pensar, se lo juro.

Él chascó dos dedos.

—De todos modos hemos adelantado algo. El asesino no es ninguno de los Forrestal, como yo creía. Las cámaras de televisión demostraron que a las doce en punto estaban en sus dormitorios. ¡Y a las doce en punto se cometió el crimen!

—Esa es la única cosa de la que no podemos dudar —susurré.

—Lamento que no sea Oscar Forrestal —masculló Gordon—. Me caía bien como asesino. Lo tenía todo. Mala facha, mala baba, mala coartada... Yo lo había marcado de tal modo que me desconcierta que no sea él. Hay momentos en que, como usted, no sé qué pensar.

—Piense en los criados —sugerí.

—Todos son gente conocida. Yo mismo los he visto docenas de veces en Wilbur, cuando vivía tía Agatha. Gente de confianza.

—De todos modos, no me fiaría.

—Claro que no me fío. Por eso voy a someterles a vigilancia de una forma directa. La policía de Wilbur se ha gastado dinero, pero valiéndome de un ingenioso sistema acoplado a los muebles, he hecho instalar unas células fotoeléctricas ante sus puertas. Si ellos salen a partir de las once de la noche, en un control central sonará un timbre de alarma. Por supuesto, ellos no van a notar nada. Y cuando se hayan movido una docena de pasos..., ¡zas!

—Tal vez debiéramos haber empezado por ahí, Gordon. Pero hay algo más: ¿qué sabe del último muerto?

—Poca cosa. Era un agente comercial. Un comisionista, vamos. Lo mismo vendía automóviles usados que solares para urbanizaciones en Miami. Últimamente se le había visto bastante por Carson City. Quizá tenía allí sociedad con alguien.

Yo apreté los labios para no hablar.

Claro que tenía sociedad con alguien. La tenía con Ingrid. Y hablar con Ingrid se había transformado para mí en lo más urgente del mundo. La lástima era que no había podido encontrarla.

—No era el tipo de fulano al que alguien quiere matar —continuó Gordon—. ¿Usted de qué lo conocía?

—Nos peleamos en el parque de Wilbur —mentí, a medias—. Fue una casualidad.

—¿Y por qué creía que él era el asesino?

—Poco antes había visto su coche cerca de la casa. Su coche tiene matrícula de Nevada. ¿No han encontrado las huellas?

—¡Cuerno! ¡Claro que las hemos encontrado! ¡Pero no sabíamos que correspondían a un coche con matrícula de Nevada! ¡El único dato que tienen mis hombres son las marcas de los neumáticos! ¡Haberlo dicho antes!

—La verdad es que solo ahora doy importancia a algunos detalles —me disculpé—. ¿Quiere saber la matrícula?

—¡Mil diablos! ¡Claro que sí! ¡Ya la está escupiendo!

Se la di y la anotó febrilmente. Yo la recordaba muy bien aunque puede decirse que sólo la había visto de cerca una vez (la noche anterior el vehículo estaba muy lejos). Gordon se metió dentro de una cabina de teléfonos y estuvo sacudiendo llamadas hasta que se enteraron de los datos del coche incluso en las gasolineras de Varsovia.

—No tardará en caer —dijo—. Vamos a mi despacho. Y oiga...

¿ese vehículo lo conducía él solo? ¿Sólo Mich?

—No. Iba con una mujer.

—¿Cómo se llama?

—No lo sé.

Claro que lo sabía, pero no quería dar demasiadas facilidades a Gordon. Antes de que Ingrid cayera en sus zarpas, deseaba hablar con ella. La chica no era culpable, de eso estaba seguro. Y no me gustaba que cayese de cuatro patas en aquel pantano donde la gente ya le estaba esperando: los policías, los periodistas, los fotógrafos... y hasta quizá el mismo asesino.

Pensé que yo también iba a buscarla.

Pero cuando llegamos al despacho de Gordon, ya nos esperaba una noticia. Un policía le entregó la nota nada más entrar.

—Localizado el coche, jefe.

—¿Qué...? ¡Sí que ha sido rápido! ¿Y dónde?

—Abandonado en un barranco próximo.

Me estremecí.

—¿Sin nadie dentro?

—Sin nadie dentro.

—¿No había manchas de sangre?

El policía me miró extrañado.

—No. ¿Por qué había de tenerlas?

—¡Quiero los datos del coche! —bramó Gordon—. ¿A quién pertenece?

—A una mujer llamada Ingrid Stewart. Vive en Carson City. La documentación la hemos retirado y la tiene usted en su despacho, jefe. La propietaria ha huido, pero debía estar muy nerviosa porque no ha destruido nada. Ni los documentos.

—No ha destruido nada... —susurré, con un soplo de voz—. O no le han dejado tiempo... O no le han dejado tiempo...

Yo hablaba como un disco rayado.

Y sentí en aquel momento que una corriente de aire helado me recorría desde la nuca hasta el centro de las piernas.

19

Fue en ese momento cuando sonó el teléfono. El timbrazo me produjo un brusco sobresalto. Vi como entre sueños que Gordon lo descolgaba y ponía una cara extraña. Luego me tendió el auricular.

—Tome —dijo—. Es para usted.

—¿Para mí? ¿Quién puede llamarme a este sitio?

—No lo sé. En todo caso, se trata de una mujer.

Pensé que debía ser Nancy.

Pero me llevé una buena sorpresa.

Una sorpresa que se tuvo que notar en mis ojos, porque..., ¡porque era la voz de Ingrid!

¡La chica que venía de Nevada y cuyo coche acababa de ser encontrado!

—Disimule —fue lo primero, que me dijo—. Supongo que Gordon está delante suyo.

—Sí, claro que sí.

—Le hablo desde aquí cerca, desde una cabina pública. Les he visto entrar y por eso sé que está usted ahí. Pero no quiero que la policía note que hablamos, ¿comprende?

—Comprendo perfectamente.

Y puse la cara del que está sosteniendo una conversación trivial.

—Necesito verle, Stirling —dijo la voz.

—Pues venga.

—No puedo. Sé que mi socio ha muerto y tengo miedo de que la policía vaya a detenerme. He abandonado mi coche porque con él me hubieran encontrado en seguida. Era una pista demasiado clara. Ahora, lo que necesito a toda costa es hablar con usted sin testigos, para trazarnos un plan de acción.

—Está bien; deme un sitio.

—La cripta de las momias.

—¿Está loca?

—Yo no tengo miedo a los muertos, Stirling. Tengo miedo a los vivos. Y aquel es un sitio donde nadie me buscará, a partir de las diez de la noche.

—Sí, pero...

—Compréndalo. Tengo a la policía encima.

Yo sabía que podía estar hablando con la culpable de todos aquellos extraños crímenes, y sabía también que la cita podía ser una trampa para darme el pasaporte. Pero al mismo tiempo sentía un profundo alivio al saber que Ingrid estaba viva.

—De acuerdo; diga la hora.

—Entre doce y doce y diez.

—¿Se da cuenta de que...?

—Sí; me doy cuenta de que es la hora en que se han cometido los anteriores crímenes.

—Yo, en su lugar, lo pensaría dos veces.

—Lo he pensado ya. Esa es justamente la hora en que ningún policía se dedicará a buscarme, porque todos estarán vigilando. Y además yo no tengo miedo. ¿Quién va a matarme a mí? ¿Y por qué?

Iba a decirle que tampoco había razón aparente para que liquidaran a su socio y sin embargo lo habían liquidado.

Pero Gordon estaba delante. No podía discutir ese punto y por lo tanto me callé. Además, el policía ya me estaba mirando con expresión recelosa.

—De acuerdo —dijo—, si lo ha pensado bien, por mi parte no hay inconveniente.

Y colgué.

Gordon me enseñó los dientes.

Simpático, el tío.

Pareció querer largarme un mordisco a través del aire.

—De modo que una cita, ¿eh?

—Nadie ha dicho que sea una cita. Se trata de un asunto privado entre una señora y yo.

—¿Qué señora?

—Le he dicho que es un asunto privado, Gordon.

—Está bien. Pero cuidado con atentar contra la moral mientras esté en mi territorio, ¿eh? ¡Cuidado con perseguir a alguna chica de las que yo persigo!

Y se quedó tan tranquilo.

Lo que voy a narrar a continuación no lo vi yo, pero puedo imaginarlo. De lo que voy a contar no fui testigo, pero es algo que me ha parecido ver cien veces, mil veces, a lo largo de mis pesadillas. Sé que sucedió así. Sé que todo empezó aquella noche, exactamente a las doce en punto, cuando todos vigilábamos...

Ingrid llevaba ya más de una hora en la cripta de las momias. Había entrado en la casa, sin que nadie se diera cuenta, esquivando a los policías a lo largo y ancho de una ciudad supervigilada. Curiosamente, este era el único sitio en el que se sentía segura, el único sitio donde sabía que nadie vendría a buscarla.

Todos aquellos muertos, aquellas cuencas vacías, aquellas manos tendidas desde el más allá, eran una visión de pesadilla que Ingrid creyó que no podría soportar.

Pero trataba de convencerse a sí misma: «Este es el único sitio donde no vendrán a buscarme. En realidad, no corro peligro. He de estar atenta, sobre todo cuando suenen las doce campanadas. Pero nada va a ocurrirme. Soy una mujer ágil y fuerte... Ágil y fuerte...».

Repitió aquel pensamiento un par de veces, para darse ánimos. Hasta llegó a decirlo en voz alta.

Luego consultó nerviosamente su reloj.

En él eran las doce menos un minuto.

El miedo fue subiendo en su corazón, como sube, a causa del calor, una columna de mercurio. Le pareció que el aire se hacía irrespirable y que cien extraños susurros surgían de entre las momias. Hasta tuvo la sensación de que estas se habían movido. Hasta le pareció que sus manos descarnadas cambiaban de posición, que desde las cuencas vacías le miraban unos verdaderos ojos...

Era un universo de horror, un universo de pesadilla en el que no comprendía cómo podía haber llegado a introducirse.

Ahora, de pronto, el miedo que no había sentido antes, el miedo contra el que había luchado, la rodeaba por todas partes.

Las doce en punto.

Quizá su reloj marchaba mal.

Quizá no era aún exactamente la hora de los crímenes.

Pero con todos los sentidos en tensión, con la boca entreabierta, con los ojos acaso desencajados, esperó oír el tañido solemne de las doce campanadas.

Estas no llegaban aún.

El silencio había, llegado a hacerse macabro.

Y de pronto el silencio fue roto por algo muy leve, algo que Ingrid no supo identificar, porque era apenas como un siseo, como un roce. Unos segundos más tarde se daría cuenta, mas para entonces ya nada podría evitar. Porque para entonces... ¡ya la muerte estaría ante sus ojos!

La cripta se estremeció con un leve chirrido.

Los ojos de Ingrid se desencajaron del todo.

¡La puerta se estaba abriendo!

¡La puerta que daba al interior de la casa!

Y dos ojos burlones la contemplaban desde las sombras. Los dos únicos ojos que ella..., ¡ella no hubiera imaginado jamás!

¡Unos ojos donde nadie hubiera sospechado que estaba la propia muerte!

Ingrid trató de huir. Hubiera podido luchar, pero las fuerzas la abandonaron en aquel trágico momento. La sorpresa pudo más que ella. Sus piernas vacilaron. Se negaron a obedecerla.

Aquella figura avanzó hacia ella.

Se movía con esa rapidez diabólica que las imágenes tienen en los sueños.

Ingrid trató de girar hacia la otra puerta.

¡Pero las momias le cortaban el paso! ¡Las momias parecían haberse movido! ¡Ante los ojos desencajados de la muchacha, eran como un cortejo fúnebre que iniciaba el camino del más allá!

Intentó chillar.

La garganta se le había agarrotado.

De sus labios apenas escapó un leve gorgoteo, que era como la última expresión del horror.

Luego, nada.

Ni siquiera se dio cuenta de que el agudo estilete le había atravesado la sien, quedando clavado en ella.

Ingrid se desplomó blandamente sobre el suelo.

La sangre empezó a manar de la sien herida, cubriéndole poco a poco todo un lado de la cara.

Y entonces, lentas y solemnes, comenzaron a sonar las doce campanadas...

20

¡Chask!

Gordon había apretado los labios. Gordon había dicho con un gesto de rabia, como si la televisión tuviera la culpa de algo:

—¡Conexión! ¡Ahora!

Se estaban extinguendo los ecos de la última campanada cuando las tres pantallas transistorizadas funcionaron perfectamente. Los tres dormitorios aparecieron ante nuestros ojos.

Yo sabía que aún disponía de unos minutos para acudir a mi cita con Ingrid y por tanto estaba allí, ante las cámaras, mirando con la misma ansiedad que los otros. Vimos perfectamente los tres dormitorios porque esta vez todos se hallaban iluminados.

El primero fue el de la pequeña.

Leía tranquilamente en la cama, sin preocuparse de lo avanzado de la hora. Su rostro era perfectamente plácido. No nos podía caber ninguna duda acerca de su inocencia. Ella no tenía la menor culpa en lo que estaba sucediendo.

En cambio, con Oscar esperábamos otra cosa.

Todos esperábamos verle entrar en su dormitorio con un estilete tinto en sangre.

Pero nada de eso.

El bestia de Oscar Forrestal estaba medio tumbado en una butaca y leyendo un libro para viejos libidinosos. La portada, que la cámara captó perfectamente, era, en este sentido, lo bastante ilustrativa. Era como para ponerse a dar saltos.

Resultaba evidente que Oscar Forrestal no se había movido de allí. Además, estaba en bata. Y tenía cara de embobado. Nos quedaba el tercer dormitorio, el de Nancy, hacia el cual fueron nuestros ojos con un ansia que ya nadie intentaba disimular.

Nancy estaba a medio vestir.

La muy condenada.

La muy picarona.

Tanto, que Gordon hizo ademán de ir a abrazar la pantalla del televisor mientras barbotaba:

—¡Por todos los diablos!

Nancy ordenaba sobre la cama algunas de sus ropas.

Calmosamente atravesó la habitación y las colgó en el armario.

Y en aquel momento la conexión cesó.

Las pantallas (y también nuestros cerebros) se llenaron de tinieblas.

Gordon masculló:

—Brrrr... ¡Ese bestia de notario podría haber estado más rato! ¡Lo de Nancy valía la pena!

—Ya hemos visto lo suficiente —dijo el policía que estaba a su lado—. Lo cierto es que a las doce en punto los tres Forrestal estaban en sus habitaciones.

—Y por lo tanto es evidente —dijo Gordon, alzando un poco los brazos— que no se ha cometido ningún crimen.

No había terminado de decir esto, cuando la puerta se abrió de repente. Cuando en el umbral surgió un policía con los ojos desencajados.

—¡Ha aparecido Ingrid! —barbotó—. ¡Está abajo, en la sala de las momias! ¡Y la han asesinado...!

21

Si tuviera que explicar con detalle lo que yo pensé entonces, creo que me volvería loco. Ahora recuerdo perfectamente que, durante unos minutos, mi cerebro quedó vacío. No me di cuenta de nada. Incluso cuando bajé a la cripta, era una especie de autómatas que ni pensaba ni sentía. Porque yo sabía la hora en que me había citado con Ingrid. ¡Yo sabía que el crimen se había cometido a las doce en punto, cuando nosotros acabábamos de oír las doce campanadas y, por tanto, los tres miembros de la familia Forrestal estaban en sus habitaciones!

Pero entonces, ¿quién era el asesino?

¿Nos encontrábamos ante un caso de brujería?

¿Ante la vieja venganza india?

Nunca he creído en maldiciones que vienen del pasado, pero esta vez empecé a creer en ellas. Esta vez me pareció ver en las paredes sombras amenazadoras que llegaban desde más allá del tiempo. ¡Ahora ya empezaba a creer en los muertos que matan! ¡Estaba al principio de un camino que terminaba en el propio infierno!

No recuerdo cómo fue, pero, un rato después, me encontré en la habitación de Nancy. Ahora creo acordarme confusamente de que, cuando bajamos a la cripta, Gordon se puso a chillar. Dijo muchas barbaridades, entre ellas que no había derecho a matar a chicas que estaban tan estupendas (bueno, eso no es ninguna barbaridad). A los gritos, acudió bastante gente. Una de las personas que bajaron fue Nancy, la cual estaba mortalmente pálida.

—Necesito un trago... —balbució, al cabo de unos instantes—. Si alguno de ustedes quiere acompañarme, creo que... Bueno, creo que me irá bien no estar tan sola.

La acompañé de una forma maquinal.

Y así fue como me encontré en el dormitorio de Nancy, el mismo

que poco antes había visto a través de las cámaras de televisión. Al estar realmente en él, sin embargo, me pareció distinto, me pareció mucho más íntimo. Había algunas fotografías en las paredes y, sobre todo, estaba la muchacha. Estaban sus prendas interiores esparcidas aquí y allá, estaba su aliento de mujer joven, de mujer que tal vez desea ser amada.

La chica me gustaba tanto que creo que, en otras circunstancias, me hubiese lanzado a la carga. Es posible que me hubiera olvidado de todos aquellos sutiles y misteriosos caminos que parecían llevarme al infierno. Porque, ¿quién no se olvida de las pesadillas, delante de unas piernas de mujer como las que tenía Nancy?

Pero yo no pude.

Ante mi mirada parecían flotar aún los ojos muy abiertos, muy asombrados de la muerta. A Ingrid la habían matado de una manera incomprensible, absurda. Igual que a su socio. Pero todo esto, ¿por qué? ¿Por qué?...

La voz de Nancy me sacó de mis pesadillas:

—¿Quieres el güisqui con un poco de agua? ¿O lo profieres solo?

—Solo, por favor. Y bastante cantidad. Creo que esta vez necesito animarme aun a costa de ver las cosas dobles.

Mientras ella lo preparaba, paseé mi mirada por los cuadros que había en la habitación. Algunos de ellos, eran de pinturas que Nancy hizo seguramente cuando era niña. O tal vez los había hecho tía Agatha, ya que las habitaciones las había decorado ella. No lo sé. En todo caso, los cuadros hablaban de un gusto atormentado, de un gusto casi patético.

Había también algunas viejas fotografías. Por ejemplo, una de la casa cuando se estaba reformando. A juzgar por los vestidos de los obreros, aquello debió ocurrir al menos cuarenta años atrás. Y había otra fotografía del interior de una casa, bastante más modesta, en la que destacaba una escalera cuya barandilla caía casi en picado sobre el vestíbulo.

Capté el leve perfume de la piel de Nancy.

Ella me ofrecía el vaso. Sonreía levemente.

—¿Está bien así?

—Sí, muy bien, gracias. Oye... Esta foto no corresponde a la casa en que estarlos ahora.

—Oh, no... Es la única foto que tiene sentido para mí.

Representa la casa en que yo viví de niña, con mis padres. Tía Agatha pasaba, a veces, algunas temporadas con nosotros.

Señaló la barandilla y musitó:

—Mi única distracción era resbalar a horcajadas por ella. Recuerdo mi infancia como una infinita tristeza, porque mis padres eran pobres, y también como un infinito aburrimiento. Pero de todos modos esta foto me gusta. Me recuerda cosas que ya no volverán a ser.

Bebí, poco a poco, el güisqui.

En el aire, envolviéndome, flotaba todavía el perfume de la piel de la muchacha.

Pensé que sería maravilloso besarla, que sería maravilloso olvidarse de la muerte.

Miré a Nancy al fondo de los ojos.

Y adiviné en ellos una lucecita que era toda una promesa. Una chispita de complicidad que me estaba diciendo: «¡Anímate, macaco!».

Fui a animarme.

Fui a animarme de tal modo, que quizá la cosa hubiera terminado mal.

Pero en aquel momento alguien abrió la puerta sin llamar antes. Justo en aquel momento entró el bestia de Gordon, mientras decía:

—¿Es aquí donde se pueden encontrar unas piernas? Digo... ¿es aquí donde se puede encontrar un poco de güisqui?

Estaba claro que nada de aquello tenía solución. Mientras paseaba por las calles de Wilbur, mientras me devanaba los sesos buscando a todo aquello una explicación lógica, yo sabía que no la encontraría. Iba a tener que acabar creyendo en la vieja maldición de los indios, cuyos cadáveres yacían entre los cimientos de la casa. Iba a tener que creer en brujerías que venían desde siglos atrás. Y sin embargo...

Sin embargo, ya llevaba bastante tiempo con una especie de chispita roja encendida en el fondo de mi cráneo. Algo me decía que la solución estaba cerca, que yo casi la había rozado con los dedos, y, sin embargo, cuanto más cerca creía tenerla, más inaprensible me parecía.

Me fui a beber un trago al bar de Nora.

Nora volvía a llevar su faldita corta.

Y sus medias negras.

Y sus senos juveniles y erectos, cada vez que se movían hacían «plap, plap, plap».

Nada como aquella preciosidad para olvidarse de los muertos.

Nora seguía sin guardarme rencor. Me sonrió y me preguntó como siempre:

—¿Qué desea, señor?

Le dije que me sentaría bien un gin-tonic.

Lo que me hubiera sentado bien del todo, claro, hubiese sido un gin-nena. Una nena como ella, claro. Pero nuestro mundo está aún muy poco adelantado y hay cosas que no pueden pedirse en la barra de un bar.

Nora se situó cerca de mí.

Me miraba con sus ojos profundos, quietos.

—¿Preocupado?

—Nada de lo que está ocurriendo tiene solución —dije.

—Esto se está llenando de policías de Nueva Orleans —musitó ella, mientras me daba lumbre para el cigarrillo—. Si Gordon insiste en llevar el asunto él solo, va a tener disgustos. Los periódicos de todo el estado ya le están atacando y le están llamando inepto.

—Lo comprendo, y sin embargo... Bueno, yo creo que cualquier otro policía se encontraría con los mismos problemas que él —dije, sinceramente—. No se ha portado como un tonto, ni mucho menos. Tiene un sistema para controlar a los sospechosos en el momento en que se cometen los crímenes. ¡Y resulta que los sospechosos no hacen nada! ¡Resulta que los sospechosos están, como quien dice, metidos en sus camas...!

Nora arqueó una ceja.

—¿Dice que tiene un sistema para controlar? —musitó.

—Sí, eso es —dije, carraspeando.

Pero yo ya pie había dado cuenta de que estaba hablando demasiado. Incluso la actitud curiosa de la chica no me gustó. De modo que bebí el gin-tonic casi de un trago, dejé el importe sobre la barra y susurré:

—Gracias. Procuraré volver mañana.

—Cono usted quiera, señor. Siempre será bien recibido.

Me pareció ver en sus ojos la misma chispita que había visto la noche anterior en los ojos de Nancy. Aquella chispita que me estaba

diciendo: «¡Adelante! ¡Tienes luz verde, batracio!».

Pero yo estaba como sobrecogido por una oscura sensación de muerte.

Yo pensaba sólo en la misteriosa mano que mataba en la vieja casa del sur. Yo me ponía a pensar en manos y no pensaba en cambio en las piernas suculentas de Nora.

Idiota que es uno.

Aunque, la verdad, no sabría decir qué era más peligroso.

Si me dejaban las piernas de Nora o las piernas de Nancy para mí solito, yo no vivía ni una semana.

Todos estábamos metidos otra vez en el sótano, todos estábamos metidos en aquel cubículo desde el cual podíamos ver sin ser vistos, pero que en realidad no nos servía para nada.

¿Qué habíamos adelantado, desde que vigilábamos los tres dormitorios?

¿Qué crímenes habíamos evitado?

Era forzoso reconocer nuestro fracaso, sobre todo el de Gordon. Pero también el mío, porque yo estaba a su lado y podía pensar como él; y sin embargo, tampoco había sabido encontrar ningún sistema mejor.

Partíamos de la base de que alguno de los Forrestal tenía que ser el asesino.

Y esa base demostraba estar equivocada.

¿Nancy era la que mataba?

¿Por qué?

¿No tenía ella la parte sustancial de la herencia? ¿Para qué iba a querer hacerse con la parte de los de los otros, que realmente apenas valía nada?

¿O quizá la asesina era Linda?

Absurdo. ¿Cómo podía matar una niña? ¿Cómo podía tener fuerza para cometer los crímenes? Y sobre todo, ¿cómo podía, a su edad, imaginarlos tan siquiera?

Tercera hipótesis: Oscar.

Oscar sí que tenía cara de asesino nato.

Oscar sí que tenía cara de bestia.

Oscar sí que era un mameluco.

Bueno, basta. Ya está bien de dejarlo como un trapo sucio.

Pero lo cierto era que Oscar tenía algo que ganar, pues llegando

a matar a los otros herederos podía hacerse con el total de la fortuna de tía Agatha. Sin embargo, no podía ser el culpable, porque cuando los crímenes se cometieron... ¡él estaba en su dormitorio! ¡Y todavía, que yo sepa, no se ha inventado el sistema de clavar un puñal a través de las paredes!

Resultaba evidente que teníamos que buscar al asesino en otra parte.

¿Pero dónde?

Eso era lo que nos atormentaba a Gordon y a mí.

Y sin embargo..., ¡sin embargo yo estaba sintiendo aún en mi cerebro aquella especie de lucecita roja!

¡Algo me decía que estaba cerca de la solución!

Pero cada vez que pensaba en ello, la veía terriblemente lejos.

Gordon bisbiseó:

—Pronto vamos a oír las doce campanadas. Estemos atentos.

—¿Y el notario se sigue guiando por la radio local?

—Exacto. Al sonar la última campanada, él da la conexión.

Hice un gesto de abatimiento.

—Hasta ahora no hemos conseguido nada, Gordon. Más vale que dejemos este sistema.

—Es la última vez que lo emplearnos —susurró él, invitando mi gesto de abatimiento—. Le juro que es la última vez. Pero antes de desmontar una instalación tan costosa, quiero emplearla también esta noche. Nadie sabe lo que puede ocurrir.

—¿Quiere que le diga una cosa, Gordon?

—Más vale que no la diga, maldita sea.

—Empiezo a creer que los asesinos son los fantasmas. Que son las momias de esos viejos indios que yacían en la cripta. Que una auténtica maldición pesa sobre esta casa. ¡Y que los fantasmas no aparecen en las pantallas de TV! ¡Por tanto, no conseguiremos nada!

Gordon lanzó una maldición.

Quizá me iba a decir algo grueso. Mis palabras le habían molestado porque reflejaban lo mismo que él pensaba sin querer reconocerlo. Pero no llegó a decirlo porque en aquel momento empezaron a sonar las doce campanadas. Las contamos una a una.

Como saboreándolas.

Como temiéndolas.

Y al llegar a la última, yo mismo di la conexión. Las instalaciones funcionaron tan estupendamente como siempre.

Vimos el dormitorio de Nancy.

La muy condenada parecía que lo hiciese a propósito. Se estaba quitando una media.

Todos abrimos mucho los ojos.

Gordon barbotó:

—Esa diabólica zorra...

Pero el tiempo apremiaba. Teníamos que fijarnos en las otras dos pantallas. No podíamos detenernos en la simple contemplación —por muy seductora que fuese— de unas piernas bonitas.

La segunda pantalla nos mostraba el dormitorio de Linda, la muchachita. No recuerdo si el orden en que las miramos fue el mismo de otras veces, pero lo cierto fue que nos fijamos en ellas siguiendo ese turno. Y nos dimos cuenta de que Linda, como las otras veces, estaba en su cama. No dormía, pero estaba leyendo una revista juvenil cuyas cubiertas vimos perfectamente.

Nos quedaba Oscar.

¡Y Oscar Forrestal no estaba en su habitación!

Creo que Gordon y yo lanzamos la imprecación al mismo tiempo. Los dos nos movimos instintivamente hacia la cámara.

Gordon barbotó:

—¡Ese tipo ha desaparecido! ¡Ya tenemos la solución! ¡Es él el que mata!

Moví la cabeza negativamente. No me parecía que la solución pudiera ser tan sencilla. Además, el policía tirador de primera que nos acompañaba gruñó:

—Puede estar en el baño.

—Imposible —dije—. O por lo menos no es normal. La puerta del baño está entreabierta, y el interior se ve a oscuras.

—¡Pues entonces está abajo! —masculló Gordon—. ¡Está abajo liquidando a alguien!

Saltamos casi al mismo tiempo.

Yo pensé en aquel momento que nos hubiera sido relativamente fácil colocar vigilantes en la cripta. Pero estábamos seguros de que los crímenes se hubieran cometido entonces en otro sitio. En realidad, no todos los crímenes se habían cometido en el recinto de las momias.

Entonces, la luz de las pantallas se apagó.

La extraña retransmisión había sido desconectada.

Todos salimos de aquel cubículo y nos dirigimos al recinto de las momias. Creo que ninguno de nosotros había corrido tanto como en aquel momento.

Penetramos jadeando en aquel santuario del horror.

Pero Gordon no estaba allí. Las cuencas vacías parecían mirarnos desde el fondo de los siglos. En las momias sacadas de su reposo eterno parecía flotar una sonrisa de burla. Gordon farfulló:

—Creo que esta vez nos hemos equivocado. Pero en ese caso, ¿dónde está Oscar?

—No hay razón para que los crímenes tengan que cometerse aquí —dije—. Oscar puede haber muerto en otro lugar. O, simplemente, puede haberse largado a dar un paseo.

De pronto me estremecí.

No, Oscar Forestal no se había largado de paseo.

O en todo caso había sido un «paseo» muy largo.

Vi el reguero de sangre colarse por debajo de la puerta.

El cuerpo de Oscar tenía que estar en el exterior, pegado a la pared. Habíamos pasado por su lado sin darnos cuenta.

—Gordon —farfullé—. Mi... mi... naire.

No me di cuenta de que estaba tartamudeando. Tartamudeaba no de miedo, claro, sino de nerviosismo. Todo aquello me pareció, por unos momentos, tan alucinante que perdí el control de mis reflejos. Quedé apoyado en la pared, como si me hubieran hipnotizado, con los ojos perdidos en el vacío.

Fue Gordon el que miró a Oscar.

Y se dio cuenta de que el mayor de los Forrestal tenía muy mala cara. Y tan mala. Le habían atravesado la sien con un estilete. Se la habían dejado hecha cisco. Le habían dado el pasaporte, mientras nosotros tratábamos de ver inútilmente, en la televisión, el desfile de los fantasmas.

Epílogo. Un paso en las tinieblas

Sí. Eso fue lo que yo di entonces: un paso en las tinieblas.

Un paso que parecía dado hacia el más allá, hacia las sombras del otro mundo.

Y, sin embargo, yo nunca había dado un paso más concreto, más certero, más sabiendo adónde me llevaba.

Lo di con pena. Dios sabe que es así.

Dios sabe que lo di con angustia, casi con dolor. Dios sabe que cuando me planté ante Nancy, cuando la miré fijamente, había una secreta pena en mis ojos.

Ella me miró parpadeando.

Aún tenía una media en la mano derecha.

—¿Por qué has entrado sin llamar? —susurró—. ¿Quién te crees que eres?

—Y tú, Nancy, ¿por qué lo has hecho?

Ella me miró con los ojos entrecerrados, brillando en ellos una chispita maléfica.

—¿Hacer qué? —susurró.

—¿Por qué los has matado? —musité—. ¿Sólo por la herencia?

Creí que se sorprendería, que gritaría. Que me insultaría tal vez. Pero no. Nancy era una mujer de hielo. Y de hielo fue su voz cuando dijo:

—No sé qué historia tan absurda es esa. Todo el mundo sabe que los crímenes se han cometido a las doce en punto. Y todo el mundo sabe también que a las doce en punto yo siempre he estado aquí. No soy tan idiota como para no haberme enterado del truco ese de Gordon; del estúpido truco del circuito cerrado de televisión.

No me alteré. Nancy era cualquier cosa menos una tonta. No resultaba sorprendente, ni mucho menos, que se hubiera enterado de aquello.

—A las doce en punto, ¿de qué campanadas, Nancy? —musité

—. ¿De las que oíamos nosotros o de las que sonaban en realidad?

Noté que esta vez había dado en el blanco, y la verdad fue que eso me dolió. Mi desazón se hizo más intensa, pero tenía que seguir. Ahora ya había dado el primer paso en el mundo de las tinieblas. No podía detenerme.

—La combinación de Gordon era sencilla, para no tener complicaciones legales —musité—; treinta segundos de conexión, controlados por un notario. Pero este empezaba la conexión cuando sonaban las campanas de Wilbur, o bien cuando las oía en la radio local. Como las ondas electromagnéticas se transmiten a la velocidad de la luz, la radio y las campanadas reales siempre sonaban simultáneamente. Pero cuando nosotros dábamos la conexión, había transcurrido ya casi el medio minuto fijado. ¡Porque, a la velocidad del sonido, las campanadas de Wilbur tardaban casi todo ese tiempo en llegar a nosotros! Nadie reparó en ese detalle, pero la primera vez ya debimos darnos cuenta, si no hubiésemos estado tan nerviosos. Cuando efectuamos la conexión, el notario había cerrado ya. No vimos nada. Creímos que era una avería, pero ¡qué diablos!, lo que pasaba era que no habíamos tenido en cuenta el factor tiempo. Nos guiábamos por una hora que en Wilbur y aquí era distinta. Las otras veces el notario, para que Gordon no le pusiera cara de hiena al verle, dejó una conexión algo más larga, lo que nos permitió ver algo. Pero veíamos las cosas... ¡cuando casi había pasado un minuto de las doce! ¡Cuando tú ya habías tenido tiempo para matar!

Ella ni siquiera parpadeaba. Me miraba fijamente, con unos ojos hipnóticos de hermosa serpiente que se dispone a atacar.

—¿Un minuto? —susurró—. ¿Y cómo podía actuar yo en un minuto? Había que ir a la cripta, matar, volver a subir aquí...

—La barandilla —dije—. La barandilla por la que tú te deslizas en cuestión de segundos. Esa vieja fotografía que tienes ahí de la barandilla por la que te dejabas deslizar de niña me dio la clave, pero la verdad fue que entonces aún no lo entendí. Los primeros crímenes, cuando sabías que nadie te vigilaba, los cometiste tomándote el tiempo necesario. A tu prima, la primera muchacha, a la que colgaste por una media, después de matarla, la pudiste izar hasta el gancho valiéndote de una cuerda que empleaste como polea. Así pareció que el crimen lo había cometido una persona de

gran corpulencia. Y no había huellas en ninguna parte, puesto que tú volvías a subir por la baranda, izándote a fuerza de brazos. A tu primo lo mataste fácilmente, porque él confiaba en ti, y luego lo arrojaste al lago después de arrastrarlo con los pies descalzos. Pero cuando supiste que Gordon había instalado unas cámaras de televisión, decidiste emplear como prueba a favor tuyo la única prueba que podía acusarte. Tú sí que tuviste en cuenta la diferencia de tiempo. Y un minuto te bastaba para bajar por la barandilla en cuestión de segundos, matar de un solo golpe a tu víctima, a la que previamente habías citado, en secreto, abajo, lo cual era sencillo porque nadie desconfiaba de ti, y volver a subir por la barandilla, en una sincronización de movimientos perfectamente estudiada. Tú sabías que un segundo de dilación podía hundirlo todo, pero jamás te faltó ese segundo. Cuando la última campanada llegaba hasta aquí, tú sabías que el tiempo había terminado. Y, como una artista en escena, aparecías fielmente ante las pantallas. Todo estuvo muy bien preparado, Nancy, como la cinta que grabaste en la clínica de Nueva York haciendo una «confesión» de muchacha asustada y que creía en los fantasmas de esta casa. ¿Quién podía sospechar de una chica acorralada hasta tal extremo? No, no me mires de ese modo, como si yo no supiera los verdaderos motivos que te impulsaban a matar. En apariencia no los tenías, puesto que tú ya eras dueña de casi toda la herencia. ¿He dicho casi toda? No, Nancy, no, eso es lo triste. Lo que más valía era el terreno de Nevada, un terreno hinchado de oro, cosa que los otros herederos no sabían. ¡Por eso los mataste antes de que se enteraran! ¡Y por eso mataste también a los dos negociantes, al hombre y la mujer venidos desde allí para comprárselo a los herederos! ¡No podías dejarles hablar porque se hubiera hundido todo! ¡Silenciándolos para siempre, vendría a tus manos un terreno que aparentemente no valía nada, pero que tú pondrías en explotación una vez se hubieran acallado los ecos de estos crímenes y que te convertiría en una de las mujeres más ricas de América! —Hice una mueca amarga—. Después de Oscar hubieras seguido, ¿verdad? ¿Hubieras sido capaz de matar también a la pequeña Linda?

Los ojos de Nancy habían ido cambiando de expresión, mientras yo hablaba. No me di cuenta porque estaba obsesionado por el descubrimiento de la brutal verdad, pero lo cierto es que aquello

debió advertirme. Nancy volvía a ser la fiera solitaria, la bestia hambrienta y secreta que había sabido matar. Dejó caer la media con suavidad y yo no me fijé en aquel movimiento. La fue a recoger y yo no me fijé tampoco. ¡Incauto de mí! ¡Incauto, siempre que estaba ante una mujer bonita!

Cuando aquella mano se elevó, ya no llevaba la fina media.

Llevaba una pistola chata que había retirado de debajo de la butaca. Una pistola chata que me apuntaba fijamente a la cabeza. Y detrás del arma estaban los ojos finos, rasgados, infinitamente bellos, infinitamente crueles de Nancy.

—Dispara —dije—. Después de todo, bastante desgraciado soy habiendo llegado a esto. Vamos... Dispara de una vez. Comete el único crimen que te falta, para ser perfecta...

Ella fue a apretar el gatillo.

Supe que no vacilaría.

Supe que con tal de salvarse —si eso era aún posible— no le importaría una víctima más. Y en ese momento, detrás mío, me pareció notar una leve corriente de aire. La puerta se había abierto.

No pude ni apartarme. Bruscamente, los ojos de Nancy se hicieron grandes, grandes... Terriblemente grandes. Rojos, rojos... Terriblemente rojos. Tardé en darme cuenta de que la bala le había atravesado la cabeza y de que había muerto sin enterarse. Tardé en darme cuenta de que la persona que estaba detrás mío me había salvado la piel. Pero cuando volví la cabeza y vi a Gordon con el revólver todavía humeante, no se lo agradecí.

No. Ni mucho menos.

—Cerdo —fue todo lo que le dije.

Él apretó los labios.

No se ofendió.

Pasé por su lado porque no quería ver el cuerpo de Nancy ya caído en el suelo. Porque no quería ver sus ojos tan abiertos. Porque ya no podía más.

Pero antes de atravesar el umbral se me ocurrió preguntar:

—Gordon... ¿cómo se le ha ocurrido venir aquí?

—Porque soy un maloliente y mal pensado policía del sur —dijo, con voz ronca—. Porque creí que tenía un lío con ella y se lo quise estropear.

—Cerdo —repetí, mientras salía. Ya sé que me porté como un tío

ingrato. ¿Pero qué quieren que haga? Nunca había necesitado tanto como entonces un trago. Y nunca había necesitado tanto ver las piernas de Nora en el bar de la centralita telefónica.

De modo que me largué hacia allí. Y me pasé tres días bebiendo como un pirata. Y, transcurrido ese tiempo, el propio Gordon vino a sacarme de allí con cuatro documentos: uno, en virtud del cual se cerraba el bar. Otro, en virtud del cual se me expulsaba de la ciudad por borracho. Otro, en virtud del cual se expulsaba a Nora por dar de beber a un borracho. Y el último... ¡Ah!, el último era una licencia de matrimonio por si queríamos usarla.

Me la llevé.

No sea que Gordon la usara antes que yo.

El muy cerdo...

Notas

[1] Entrenador. < <